

JANE SMILEY

Un amor cualquiera

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ

narrativa **sex**topiso



UN AMOR CUALQUIERA

JANE SMILEY

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO GONZÁLEZ LÓPEZ



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Ordinary Love

Copyright © Jane Smiley, 1989
Publicado originalmente en inglés como *Ordinary Love and Good Will*

Primera edición: 2020

Traducción
© Francisco González López

Imagen de portada
© Julie Blackmon

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2020
París 35—A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, Ciudad de México, México

Sexto Piso España, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sexto piso.com

Diseño
Estudio Joaquín Gallego

Conversión a libro electrónico
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-17517-91-5

Parece adecuado dedicar este libro
a Delores Wardenburg, de Iowa City,
a Carol Mullaly, de West Branch,
a Nancy Lewis, de Ames,
a los estudiantes del estado de Iowa que hicieron de canguro,
y a los profesores del Centro de Educación Infantil de la Co-
munidad de Ames, cuya bondad, atención y esfuerzo han hecho
posible que tanto éste como el resto de mis libros vean la luz.
Gracias.

No quiero que Joe aparezca y me encuentre de rodillas brillando el suelo de la cocina con un jersey viejo de algodón a modo de trapo, pero llega y así es como me encuentra.

—¡Mamá! ¿Qué estás haciendo? ¡Relájate! —dice.

Me siento sobre los talones y le digo:

—¿Y tú qué haces despierto a las seis y media?

Aunque en realidad lo sé. Los dos lo sabemos. Atraviesa la cocina y se sirve su primera taza de café. Siempre se toma tres tazas seguidas, me he fijado este verano: café caliente con un montón de leche y azúcar. Luego se aleja de la cafetera y, para cuando se sienta a la mesa, la taza ya va por la mitad. Está sonriendo. Michael llega hoy. Michael, el gemelo idéntico de Joe, ha estado dos años dando clases de Matemáticas en un instituto de secundaria de Benarés, en la India. Por eso estoy brillando el suelo, por eso ninguno de los dos puede relajarse.

El suelo es un entarimado de arce de unos setenta y cinco años. La longitud de los listones — dispuestos diagonalmente— oscila entre cinco y trece centímetros. En los últimos quince minutos he brillado todo el suelo desde la despensa hasta la puerta de atrás, donde una hoja alargada de bronceos rayos de sol ha iluminado mis antebrazos, haciendo que mis manos parezcan musculosas por el juego de sombras. Me gusta este suelo, a pesar de lo delicado que es y de todo el trabajo que da. Parece mi madre. Y esta ciudad, por más árboles que tenga, se parece bastante a Nebraska, donde crecí. Los movimientos amplios y rítmicos que hago con el trapo resultan balsámicos a la par que productivos.

—A las nueve o así saldré hacia el aeropuerto —dice Joe.

La silla donde está sentado no deja de vibrar. Sonrío.

—¿Por qué no te vas ya? —le pregunto.

—Estoy tranquilo, mamá. ¿Qué te hace pensar que no lo esté? —Por su expresión parece estar al borde de la locura. Tienen veinticinco años y llevan dos años sin verse—. Mujer, haz el favor de levantarte y tomarte una taza de té o algo.

Y eso mismo es lo que hago por el simple placer de sentarme a la mesa de la cocina con mi hijo. Dejo que me haga una tostada y que me pele una naranja y que cubra de leche mis Krispies de arroz. Hablamos de los geranios de la jardinera y del cortacésped, que está roto, y de los cursos que Joe va a tomar dentro de dos semanas, cuando empiece de nuevo la universidad. No hablamos de Michael. Es un ritual en nuestra familia: no mencionamos a la persona que regresa de viaje mientras esté todavía en camino. Normalmente nos conformamos con no pronunciar su nombre, pero esta vez Joe ni siquiera ha dicho «él» o «mi hermano».

Joe ha estado todo el verano conmigo, el período más largo que hemos pasado juntos en seis años, y me he acostumbrado a él. A Joe le inquietaba la idea de vivir con su madre tanto tiempo, pero la verdad es que ha sido uno de los mejores veranos que recuerdo, con esa vidilla que te da tener a alguien agradable en casa todos los días. Me va a dar pena cuando vuelva a la universidad, y lo sabe. Se levanta de la mesa y va al comedor. Pone un vinilo —no sin antes limpiarlo con esmero— y empieza a sonar Hank Williams. Me lo debía. Reanudo mi tarea en el suelo. Joe se

trajo con él su colección de discos: me ha estado regalando momentos musicales inesperados a lo largo de todo el verano, aunque es un tanto exigente: me ha hecho escuchar a Elvis Costello, a los Talking Heads, los Flamin' Groovies, los Dire Straits. Yo hago como que aprecio las melodías.

—Diría que esto es crucial para tu proyecto de madre ejemplar, si es que quieres tomártelo en serio, claro —me dice él medio en broma.

Tomármelo en serio implica escuchar y tolerar armonías que poco o nada tienen que ver con lo que acostumbro a escuchar; eso sí, como parte de su proyecto de hijo ejemplar, él pone ópera y música folk de la que me gusta a mí.

Joe vivía en Chicago, pero su novia lo dejó en junio. Al poco de venirse conmigo, su novia le escribió cuatro cartas en dos días, y así terminó todo. Louise, así se llama ella. Estuvo aquí de visita cuatro o cinco veces, y debo decir que me gustó, me pareció una chica agradable y franca. Varios días después de llegar aquí, durante el almuerzo, Joe deslizó una de sus cartas por encima de la mesa para que la leyese. El meollo de la cuestión, según había escrito ella, era que no tenía la capacidad de hacerlo feliz. Entonces Joe se puso de pie y se fue a echar semillas a los parterres. Recuerdo ese sentimiento: la vida con un hombre tan irritable, el techo parecía palpar a cada hora, a cada minuto algunos días. Pensé que Louise era lista por haber sabido identificar sus limitaciones antes de casarse, antes de tener hijos, pero cuando Joe pasó por la ventana de la cocina, pude ver por el ángulo de sus hombros que estaba devastado, y las lágrimas acudieron a mis ojos por él. Desde entonces no ha salido con ninguna chica.

Aquí su vida social se reduce a Barbara y Kevin, dos amigos del instituto que se casaron al terminar la universidad. Cuando vienen, Barbara siempre quiere que me sienten con ella en la cocina y hablemos de muebles, y Kevin siempre quiere llevarme fuera (para que nadie nos escuche, imagino) y poner a prueba mis conocimientos en administración estatal. Tengo cincuenta y dos años, que es la edad en la que, al parecer, tus hijos y los amigos de tus hijos de pronto quieren usurpar toda la sabiduría y experiencia que, en su día, no creyeron que tuvieras y que ahora les resulta de gran utilidad. Soy contable del estado, en el Departamento de Transporte, lo que seguramente explique el interés de Kevin.

Estuve casada una vez y a punto estuve de casarme una segunda. Tengo cinco hijos y cuatro nietos, lo que seguramente explique el interés de Barbara: para ella, amueblar la casa es lo más parecido a enfrentarse a cuestiones de vida familiar e hijos. Mi hija menor, Annie, que tuvo un bebé en mayo, ahora me llama para todo a pesar de que durante años apenas supe de ella. La mayor, Ellen, vive a un kilómetro y medio. Tiene dos hijas y no hay día que no me llame por teléfono o venga a verme. Daniel, que es un año menor que Ellen, vive en Nueva York. Tiene un hijo y me llama todos los fines de semana. Hace tiempo sí fui la fuente de sabiduría materna que creen que soy ahora. Mis caderas estaban hechas para llevar niños en brazos, era capaz de abrirme paso entre juguetes y chiquillos sin tambalarme, sin apenas mirar al suelo salvo para admirar pintarrajos. Para mí, cuatro tronas alrededor de la mesa de la cocina y dos labradores *retriever* dando vueltas al acecho de la primera sobra que cayese al suelo era pan comido.

Tras abrillantar el suelo, voy al baño y le doy un repaso a la bañera y al lavabo. Me encanta esta casa. Pasaba en coche por aquí todos los días de camino al trabajo. Un día vi que estaba en venta y la compré. Es de estilo neocolonial británico, tiene cuatro habitaciones y está ubicada en una finca enorme que hace esquina, con un porche que rodea toda la planta baja y un segundo piso con balcón, demasiado para una mujer sola, pero idónea, en cierto modo, para mí. Pienso en ella como si fueran «mis tierras». Aquí, sola —que es como estoy normalmente—, aprecio la

extensión de su quietud, nada espectacular, pero tiene espacio y silencio de sobra. En el jardín hay tres castaños que deben de ser indestructibles porque no hay tres castaños que estén tan pegados entre ellos en todo el estado. Terminó el baño, adecentó el comedor y ya son casi las nueve. Joe está silbando por la casa, esperando —lo sé— hasta el último minuto para irse. Me quedo bajo la sombra de la puerta del comedor y al momento lo veo bajar por las escaleras metiéndose cosas en los bolsillos, alegre, ansioso. Me quedo embobada mirándolo. Es alto, esbelto, ancho de hombros. Anda muy erguido. Tiene las manos y los pies grandes, y aunque no tiene pinta de ser muy mañoso —a diferencia de su hermano Daniel—, este verano ha reparado un montón de cosas de la casa y se ha hartado de cortar leña con la motosierra que compró nada más llegar. El hombre que va a recoger al aeropuerto es su copia exacta de pies a cabeza: pelos, dedos, uñas. Hace años que no los veo a los dos juntos.

—Me voy, ¿vale? —grita.

—Vale —respondo en voz baja y se da la vuelta.

—No es nada del otro mundo, mamá —exclama.

—Ah, sí. Ya recuerdo. ¿Qué más da?

Nada más irse, suena el teléfono, es Ellen.

—¿A qué hora me dijiste que llegaba? —pregunta.

—Joe acaba de salir. Supongo que llegarán antes del mediodía.

—¿Puedo acercarme?

—Claro.

—Conocimos a un tipo de Filadelfia que estuvo dos años en la India y cuando volvió estaba muy raro.

—¿Raro en qué sentido?

—Bueno, no sé, igual estaban cenando y cogía la servilleta y decía: «Con este trozo de tela se podría vestir a un niño indio». No paraba de decir cosas de ese estilo. Me preocupa que Joe no sepa lo que podría encontrarse.

—Se han estado escribiendo todo el tiempo.

—Las cartas engañan mucho.

—Mira, yo, por mi parte, estoy loca por ver..., por verlo. —Estoy tentada de decir su nombre, pero en el último momento me echo atrás.

—Odio esta costumbre familiar —dice. Y añade—: ¿Vais a venir mañana a cenar?

—¿A qué hora quieres que vayamos?

—A las seis. La verdad es que no creo que me dé tiempo a ir hoy. Jerry está fuera y tengo un montón de cosas que hacer.

—No pasa nada.

Espero un momento que se alarga bastante hasta que Ellen decide colgar.

Me dirijo a la cocina y una conocida ola de pánico me baja desde la cabeza hasta los pies. Sé perfectamente de dónde viene. Cuando Ellen tenía diez años y los gemelos cinco, y había dos críos más entremedias, Pat —su padre y yo nos separamos. Pat vendió nuestra casa sin decirme nada y se llevó a los niños al extranjero. La mañana que los visité por primera vez después de casi un año, el pánico que sentía era tan intenso que empecé a tambalearme por la acera a medida que me acercaba a la casa. Sabía que me estaban mirando desde las ventanas y yo hacía lo posible por centrarme y andar con normalidad, pero la perspectiva de verlos me hizo perder literalmente

el equilibrio. Hay cosas que podemos hacer sin problema en nuestra familia —comer tranquilamente, prestar dinero, contar secretos—, pero cuando nos juntamos, los ecos del pasado nos desbordan.

Michael entra en casa y no es el gemelo de Joe, sino la sombra de Joe: lleva ropa blanca de algodón y está cadavérico. La forma en que me saluda es cien por cien Michael:

—¡Hey, mamá! He vuelto. ¿Me ha llamado alguien?

Sonríe, me agarra por la cintura y me besa en los labios; sus bíceps son pura fibra y siento cómo sus costillas se me clavan a través de la camisa. Intento quedarme quieta y no pegar un respingo. Tratamos de mantener un ambiente distendido, irónico (aunque sombrío por momentos). Miro a Joe y veo en su apagada sonrisa que el aspecto de Michael también le ha calado. Pone el equipaje en el suelo. Estamos esperando a que Michael nos indique qué tenemos que hacer, cómo actuar, y justo entonces acude irrefrenablemente un pensamiento a mi cabeza: nos han devuelto menos de lo que mandamos.

—Has cambiado los cuadros —dice Michael.

Mi mirada sigue a la suya y me doy cuenta de que faltan varias ilustraciones de pájaros de Audubon.

—He puesto aquí las fotos de los girasoles que había en la habitación de invitados. Mamá ni siquiera se ha dado cuenta. Lleva así desde finales de junio —dice Joe.

—Claro que me había dado cuenta.

Las fotos de los girasoles son muy bonitas: los cinco niños y yo de pícnic entre girasoles silvestres en la granja de mi madre, en Nebraska. Los gemelos acababan de aprender a andar. También sale mi madre, enferma pero feliz. Sentada en una tumbona rodeada de girasoles, en la única colina en kilómetros a la redonda. No me había dado cuenta de que las había cambiado de sitio porque aquí es donde estaban antes de que yo quisiera darle a la casa un aire más decorativo, más impersonal. Lo cierto es que Joe también ha cambiado los muebles del comedor y de la habitación de invitados, y cuando prepara la cena, siempre la sirve en los platos más antiguos. Se ha pasado el verano haciéndome preguntas sobre el pasado, especialmente sobre su más tierna infancia con Michael en nuestra antigua casa. Yo no tengo ninguna objeción al respecto, pero no puedo evitar pensar: «Al menos Michael quiere evolucionar y seguir adelante con su vida». Y eso es exactamente lo que hace: mira las fotos con un interés mínimo, se dirige al comedor y deja el bolso que lleva al hombro encima de la mesa. Mira a su alrededor, aprecia todo lo que hay pero no se recrea. Visto por detrás parece más él mismo. Sus hombros no han debido de perder anchura, se mueve con agilidad y calma.

—Cariño, ¿estás cansado? ¿Tienes hambre? —le pregunto.

Se vuelve y sonríe alegremente.

—¿Es que no tengo pinta de tener hambre?

—Bueno...

—¡Mamá! ¡Abre los ojos! Estoy famélico.

En cierto modo, a lo largo del almuerzo, nos damos cuenta de que lo que ha dicho es literalmente cierto. Joe sirve yogur con germen de trigo y pasas, sándwiches de mantequilla de cacahuete, un trozo de queso brie, melocotones frescos. Michael mezcla su yogur y dice en tono jocoso:

—Mis intestinos están irreconocibles. Digamos que mi intestino grueso es como una tubería de PVC, todo lo que entra sale al momento. Le pasa a todo el mundo.

Coge la servilleta pero no dice nada de cuántos niños podrían vestirse con ese trozo de tela.

—¿Cómo que le pasa a todo el mundo? —dice Joe.

—Disentería amebiana. La tengo desde hace un año. Tomo Bactrim. Aunque ahora ya podría curarme. Aquí es posible.

—¿Allí no?

—Te reinfectas una y otra vez, no merece la pena.

—Qué alentador —apunta Joe.

—Bueno, cuando me enteré de que tenía disentería me puse como loco a buscar algún médico que me la curara, o por lo menos alguno que se *preocupara*. Ahora casi ni me acuerdo de que la tengo.

—Podrías ganarte la vida como fideo. —Se ríen.

Michael suelta el melocotón que se estaba comiendo, apoya los codos sobre la mesa y se sujeta la cabeza con las manos.

—¿Cansado? —le pregunto.

—Desorientado por el *jet lag*. Veinticuatro horas viajando no es moco de pavo. Los aviones siempre salen de madrugada, y encima la noche anterior estuve por ahí con colegas. Eso sí, me alegro de haber volado hacia el oeste. Por lo visto puedes tardar semanas en recuperarte como vayas por Hawái. Una azafata me contó que llevaba un año sin que le viniera la regla porque hacía el vuelo Nueva York-Nueva Delhi. En trayectos de norte a sur, la regla baja puntual como un reloj, pero las azafatas que hacen los vuelos oeste-este parece que lo tienen crudo para quedarse embarazadas.

Se aclara la garganta y me doy cuenta de que es un hábito nuevo que ha adquirido. Me recuerda a mis tíos granjeros.

Esperaba algún relato más exótico y supongo que estaba, que debo estar, decepcionada. Hago un intento:

—¿Lo echas de menos? ¿Te ha gustado?

Me mira pensativo.

—Conseguí acostumbrarme —dice.

Ya está.

Joe y yo intercambiamos miradas subrepticias de vez en cuando, sonrisas de alivio. En cierto momento del almuerzo nuestro Michael de siempre parece regresar buceando de entre la extrañeza de su atuendo y su discurso y su demacración, un Michael familiar al que podemos reconocer y querer.

Una vez que fui a Washington D. C. me encontré con una amiga del colegio haciendo cola en una charcutería. No la veía desde quinto; por aquella época siempre almorzábamos juntas al lado de los columpios del patio. La reconocí por una vena que le bajaba desde su suave pico de viuda hasta el centro de la frente. Ella no me miró, así que me quedé callada un momento, y justo entonces ocurrió lo mismo, el rostro de aquella niña de diez años que recordaba a la perfección floreció sobre la superficie de esa mujer desconocida que, por cierto, parecía estar bastante preocupada. Antes de recordar siquiera su nombre, una ternura de treinta años me inundó al ver que mi amiga apenas había cambiado.

Es tentador pensar que esto va a ser sencillo.

Estoy pensando en preparar un pícnic esta tarde, en Eagle Point Park, pero no he caído en hacer la compra. Joe está detrás de mí fregando los platos. Michael, arriba.

—Filtros de café. Y helado. Bolsas de basura —dice Joe. Lo apunto—. Brotes de alfalfa. Un poco de tofu marinado —continúa Joe—. Ojalá fuera ya la semana que viene. Ojalá pudiera pasar de él.

—¿Crees que le gustará la leche acidófila?

—Me encantaría poder decir: «Hey, qué bien que hayas vuelto, luego nos ponemos al día, ¿vale?».

Me levanto despreocupadamente, voy a la despensa y miro los estantes. Joe alza la voz:

—Esto me lo veía venir yo. Mira que estuve a punto de comprarme una entrada para el concierto de Bruce Springsteen. Para esta noche. En Detroit. Tenía la chequera en la mano y el tipo me pidió ciento cincuenta. Yo le dije: «¿Qué tal doscientos?».

En fin, que no me lo quería perder.

No digo nada. Joe cierra el grifo.

—Pero en el fondo sabía que no iba a ir. Sabía que al final me quedaría aquí escuchando cómo respira.

El supermercado es mi lugar favorito, una suerte de centro de meditación que siempre me despeja, pero hoy no consigue despejarme del todo. Aún me resisto a volver a casa cuando salgo del aparcamiento y mi reticencia crece a medida que me acerco a ella. Lo más sencillo —igual que cuando te tiras de un trampolín que está muy alto— es seguir adelante sin mirar atrás, de modo que diez minutos más tarde me sorprenda a mí misma en otro centro comercial a pesar de que la leche acidófila y el helado se están echando a perder.

Los espejos de los escaparates me devuelven mi imagen y me quedo un rato mirándome sin saber qué estoy mirando. Lo cierto es que este fin de semana estamos de aniversario: veinte años desde que Pat y yo nos separamos. Si mis hijos se acuerdan, no lo van a mencionar, claro que no. Ni yo tampoco, aunque en esta época del año no puedo evitar acordarme de cómo era mi vida antes.

Me encantó tener gemelos a pesar de que ya había tres críos de menos de cinco años correteando por la casa. Vivíamos en una casa antigua, enorme, en una finca de dos hectáreas. Mi momento favorito del día era por la mañana, cuando me tumbaba en la cama a amamantar a los gemelos, uno a cada lado; luego llegaban sus hermanos y se metían debajo de la manta, y los perros también. Y yo allí, sepultada en carne y ruidos, los pensamientos se desparramaban por todas partes. Teníamos veintisiete años y estábamos obnubilados por la inmensidad del mundo que habíamos creado.

El estudio que hizo Pat sobre alergias infantiles obtuvo un gran reconocimiento. Gracias a su trabajo se descubrió que la pared estomacal de los recién nacidos es una membrana semipermeable y que la leche no humana puede atravesarla sin haber sido previamente digerida y provocar en el bebé una reacción alérgica. No obstante, su auténtico ídolo era Piaget. Adoraba la idea de que el desarrollo cerebral de un niño fuese un proceso ordenado, una máquina natural en continuo movimiento que sólo tenía que ponerse en marcha una vez. Si alguien objetaba que esta visión era demasiado mecanicista, él argüía:

—El cerebro es algo palpable, tan físico como cualquier otra cosa. No es que genere orden, es que es orden. *Siente* el orden. El orden sienta bien. Pensar sienta bien. Mmmm. —Se rascaba la cabeza, los niños se reían—. Un cerebro jamás será mecánico, por eso no hay peligro, pero algún día las máquinas sí serán de carne.

También le encantaba la idea de investigar a sus propios hijos, pero admitía que, a día de hoy, incluso la muestra poblacional del estudio de Piaget sería irrisible e insignificante. En *El libro Guinness de los récords* salía una rusa que había tenido sesenta y nueve hijos. A Pat esto no le parecía imposible.

Daba igual lo liado que estuviese, Pat siempre quería que cenásemos juntos, en familia, y durante la cena se mostraba radiante. Daba igual lo pequeños que fuesen los niños, él les contaba todo tipo de hipótesis sorprendentes aderezadas con preguntas mordaces y opiniones sobre sus opiniones. Era su forma de encandilarlos. A mí me había encandilado de la misma manera. La verdad es que era difícil apartar la mirada de su rostro, tanto si eras su hijo como su esposa.

Y bueno, en medio de todo esto, yo me enamoré de un hombre del vecindario. Pat vendió la casa, se llevó a los niños a Inglaterra y mi vida se desmoronó, quedó reducida a nada, tan rayana en la inexistencia que todas las mañanas, cuando abría el armario y veía que mi ropa seguía allí, me llevaba una sorpresa. Cuando pienso en aquella época —veinte años atrás—, la luz que me rodeaba se me antoja cegadora. No era posible proyectar ni una sola sombra. Recuerdo estar en la calle, caminando por la acera, perdida en aquel destello. Siempre me despertaba en mitad de la noche por miedo a que todas las luces de mi nuevo y extraordinario apartamento estuviesen encendidas. No existe ningún motivo que explique por qué recuerdo aquella época de esa manera. No es algo que pueda entenderse. En realidad, sólo es posible revivirlo cuando menos te lo esperas. Que es lo que me pasa a veces.

Pat dejó sus investigaciones sobre alergias hace doce años, después de que el eje de su furgoneta se rompiera cerca de Winter Park, Colorado, y provocase que ésta diese una vuelta de campana y cayese valle abajo. No salió ardiendo, gracias a Dios. Annie, Michael, Tatty (la segunda esposa de Pat), sus dos hijos (Sara, Kenny) y Daniel cayeron desperdigados por la ladera como un puñado de guijarros. Michael, Tatty y Daniel consiguieron salir por su propio pie. Annie se rompió la pierna. Sara, varias costillas y la pelvis. Kenny y Pat quedaron inconscientes tras el golpe. El pequeño volvió en sí tres días después, pero Pat necesitó tres semanas y media, y cuando despertó, el acto de pensar ya no le sentaba tan bien, ni resultaba tan seductor ni efectivo como antes. Los médicos no creían que pudiese practicar la Medicina de nuevo, y mucho menos seguir con sus investigaciones, pero subestimaron su voluntad, al igual que yo la subestimé una vez (y no volví a hacerlo nunca más). No obstante, el accidente fue una bendición para mí porque Pat se relajó completamente con respecto a los acuerdos de custodia. De hecho, la primera vez en seis años que Joe y Michael pasaron más de varias semanas juntos fue el período en que Pat estuvo en rehabilitación y Michael se vino a vivir conmigo.

Cuando le hablo a Joe de aquellos días, pongo el énfasis en lo que él desea escuchar, en las cosas que le gustaban, con la esperanza de que haga la pregunta obvia: ¿por qué me fui? Pero la deslumbrante fotografía familiar invita a la contemplación y ahuyenta cualquier tipo de cuestionamiento. Cuando eran pequeños, no tener que dar explicaciones era un alivio, pero ahora casi me molesta que no pregunten, que sólo les interese aquello que recuerdan, como si ni siquiera se les pasara por la cabeza que su padre y yo podamos tener nuestras propias vidas interiores.

Cuando Pat y yo nos conocimos en la facultad, a menudo quedábamos para estudiar juntos. Yo

me sentaba frente a él, en la biblioteca, levantaba la vista del libro y decía:

—Escucha un momento.

—¿El qué? —me preguntaba él, prestándome atención casi de inmediato.

Lo que yo pensaba que era un interés pasajero se convertía en una suerte de fascinación profunda a medida que yo lo leía en voz alta y Pat lo absorbía todo. Y varias horas o varios días después, me lo devolvía en forma de charla o regalos: libros, discos, entradas a algún espectáculo.

Me gustaría decirle a Joe lo peculiar y asfixiante que llegaba a ser esa sensación, que te atendiesen con tanto fervor, que absorbiesen hasta el comentario más trivial y lo transformasen en una teoría, que te conviertan en algo infaliblemente revelador, en ti misma y en un modelo ampliado de ti misma, en la Mujer Visible,^[1] haciéndome saber en todo momento cómo era y qué significaba.

Cuando llego a casa, Joe está sentado a la mesa de la cocina leyendo la autobiografía de Bertrand Russell. Su campo de estudio es la Historia de la Ciencia. Está cursando la especialidad en Innovaciones Tecnológicas Medievales, pero su obsesión secreta es la estupidez: muchos de los matemáticos y físicos más importantes eran lentos tanto a la hora de expresarse como de pensar.

—Personas —dice Joe— que se encuentran un pedrusco en la carretera y se paran y se sientan junto a él y se quedan horas observándolo y devanándose los sesos. Nadie realmente estúpido consideraría jamás la posibilidad de pasar por encima y seguir adelante.

Es un signo de genialidad, opina Joe. Tiene una forma desafiante y un tanto áspera de expresar estas ideas, como si encontrasen resistencia por mi parte, incluso cuando no estoy en desacuerdo. Pongo las bolsas en la encimera.

—Se está echando una siesta —dice Joe.

—Bueno, seguro que le hacía falta.

Cierra el libro.

—No estoy avanzando mucho. Mi intención era terminarlo esta mañana.

—Igual deberíamos mandarlo de vuelta a la India. He estado en el supermercado y, de verdad, tanta abundancia me ha parecido vergonzosa.

Nos miramos y sonreímos. Joe tiene un rostro agradable. La mayoría de madres de gemelos idénticos aseguran no confundirlos jamás. Yo también lo aseguro. No obstante, es inevitable que un gemelo sea el tema y el otro, la melodía. Michael era «agresivo», «alegre», «robusto», «irreflexivo». Michael era él mismo. Pero Joe —el segundo en nacer, pesó casi medio kilo menos que Michael— era siempre más tal o menos cual que Michael. Incluso cuando Michael no estaba con él, Joe estaba «más frustrado», «más tranquilo», o era «más delgado», «más aplicado», «mejor organizado». Las comparaciones acompañaban a Joe incluso cuando los términos no tenían nada que ver. Y luego, cuando Joe se vino a vivir conmigo —y Michael con Pat—, era él quien hablaba de sí mismo de esa manera, como si la comparación y la contraposición constantes invocasen de algún modo la presencia espectral de Michael. Sin embargo, después de este verano, estoy tan hecha a Joe, hemos hablado de tantas cosas, que, en ocasiones, me he olvidado de Michael. Estoy segura de que es una buena señal, una señal de que también Joe se ha relajado un poco alguna que otra vez. Y entonces le pregunto, e incluso mientras verbalizo la pregunta,

identifico y saboreo su carácter íntimo:

—¿Crees que te da miedo que haya vuelto? La proximidad, quiero decir.

Se pone a hojear páginas, presta más atención al libro que a mí.

—No. Me daba miedo que, a su vuelta, ya no fuera mi gemelo, sino un simple hermano. No quiero eso —suspira—. Él tampoco.

—Seguro que no.

—Bueno, ya sabes que muchas veces nos entendemos sin necesidad de decir nada.

—Cierto, siempre ha sido así. —Me siento a la mesa e intento armarme de todo el tacto del mundo. Ésta ha sido una discusión recurrente a lo largo de todo el verano y no quiero volver a tenerla ahora—. Creo que es importante no aferrarnos a la idea que tenemos de él. Michael decidió irse lejos. Debía de saber que, al volver, sería una persona diferente, diferente de ti y de él mismo. Tal vez ése era su deseo.

—Supongo que pensó que ése era el precio que tendría que pagar por huir de todo lo demás —dice en un tono desapegado pero certero, como queriendo dar el asunto por zanjado. Sonreímos de nuevo, nos damos una tregua y continúa diciendo—: Creo que he conseguido arreglar el cortacésped. —Se mete la mano en el bolsillo—. Lo único es que sobran estas piezas. —Saca dos tornillos de diferentes tamaños, una junta y una tuerca que no le van bien a ninguno de los tornillos—. ¿Son importantes o podemos ignorarlas?

Me río y Joe se ríe después.

—Creo que es mejor que lo intentes de nuevo. Pero bueno, al menos las piezas que sobran son cada vez más pequeñas.

—Vale, pero prométeme que no lo vas a sacar a escondidas del garaje para llevarlo a reparar.

—Faltaría más. Quiero ver cómo superas el reto.

—De momento no he tirado nada. Sólo me he dado un cabezazo contra la pared del garaje.

Entonces se oye un grito proveniente del salón y aparece Ellen tras el marco de la puerta, en retaguardia, recelosa. Joe arrastra su silla hacia atrás y dice:

—Está dormido.

Aliviada, Ellen se decide a entrar en la cocina. No dice nada. De primeras nunca dice nada. Coge el libro de Joe y le echa un vistazo, luego se da la vuelta y mira uno de los armarios que hay junto al fregadero. Saca un vaso y lo llena de agua.

—¿Y bien? —dice.

—Muy delgadito —respondo—. Disentería amebiana.

—Aj. ¿Y le habéis dejado que entre en casa?

—No se contagia tan fácilmente —espeta Joe.

—Estaba de broma.

—No tiene gracia. —Se miran. Él la fulmina con la mirada. Ella se queda pensativa.

—Creía que no ibas a venir —digo.

Ellen levanta las manos, irritada.

Oigo a Tracy y a Diane fuera, en el jardín de la entrada. En junio, Joe les hizo un columpio con un neumático.

—Llevan todo el verano loquitas con el columpio —digo.

—Creando recuerdos punzantes —dice Joe.

Su nostalgia es vehemente, casi cruel, un reproche si me apuras.

—¿Y cómo estás? —le pregunta Ellen a Joe, y él deja de fulminarla con la mirada.

—No sé —responde. Luego añade molesto—: ¿A qué viene tanta historia? Vamos a ver, Michael se fue y ha vuelto ya. Nos dijo que se iba a ir, nos dijo el tiempo que iba a estar fuera, y ha vuelto justo cuando dijo que iba a volver. Me estoy empezando a cabrear, la verdad.

—¿Con quién? —pregunta Ellen.

—Conmigo mismo, por supuesto —dice Joe. Entonces se acerca a la cafetera, se echa una taza de café y se la bebe del tirón. Luego sale por la parte de atrás dando un portazo y dice—: Voy a ver si consigo arreglar el cortacésped.

—¿Todavía no lo ha arreglado? —pregunta Ellen.

—Digamos que va a arreglarlo de nuevo.

—¿Por qué no coges el nuestro y cortas el césped de una vez? La policía te va a denunciar como no lo arregles ya.

—Pues que me...

Pero antes de que pueda terminar la frase, Ellen coge el libro de Joe y empieza a leerlo. No puede resistirse.

—¡Mmm! —dice en un tono de sorpresa e interés.

Sé que la rudeza con la que me trata es un hábito, pero también es premeditada, como si quisiera ponerme a prueba y comprobar cuánto exceso de confianza soy capaz de tolerar. Nuestra conversación siempre debe parecer que no tiene pausas, formalidades como un saludo o una despedida no consiguen interrumpirla, está más allá de las normas rutinarias de urbanidad, es lo más parecido que hay a leer la mente.

Entonces Ellen deja el libro y me mira expectante.

—Todo bien por ahora —digo.

—La curiosidad me puede. Tengo que verlo. ¿Seguro que está dormido?

—No. De hecho, lo más probable es que esté escondiéndose como el resto de nosotros. Me gustaría dejar que regrese a su propio ritmo. ¿Qué hace hoy Jerry?

—Se va a volar solo, ¿te lo puedes creer? —Pone cara de disgusto. Jerry ha estado tomando clases de vuelo—. He intentado no pensar en ello. Esta mañana le he pedido a las niñas que lo despierten. Las mandé en ropa interior para que viera sus cuerpecitos indefensos, creía que igual así se lo pensaría dos veces. Pero no, lo único que ha hecho Jerry es ponerles los dientes largos con la idea de que algún día irán a volar con su papá. —Me mira, luego va a la puerta, desde donde puede ver a las niñas—. Hablando de padres, el mío me ha enviado un cheque por quinientos dólares. En cuestión de veinticuatro horas, su red de contactos le hizo llegar la noticia de que nos habían destrozado el coche. Lo mismo se piensa que no tenemos seguro o algo.

—Cualquiera sabe qué le pasa a tu padre por la cabeza.

Se acerca a mí en círculo.

—Como Jerry es un simple librero, imagino que creará que no podemos permitirnos lujitos como un seguro de accidentes.

—Devuélveselo.

—¿Para que me empiece a llamar y a darme la brasa? También controla los extractos bancarios. Como no cobres el cheque enseguida, se piensa que te estás resistiendo.

—¿Acaso no es verdad?

—Pues claro.

—¿Sabe que Michael volvía este fin de semana?

—Seguro que su red de contactos lo puso sobre aviso nada más aterrizar el avión. Ahora debe de estar en ascuas preguntándose cuándo lo vamos a llamar. Casi sería más fácil para nosotros que viviera en la ciudad.

El modo en que Pat parece saber siempre lo que pasa con sus hijos da, ciertamente, un poco de grima. Los niños empezaron a llamarlo «el cuarto hombre» después de que Daniel leyese varios libros de espionaje sobre Kim Philby y los cinco de Cambridge. Pero cuando Anthony Blunt reveló su verdadera identidad, Pat pasó a ser «el controvertido quinto hombre», y, de hecho, Joe y Ellen a veces lo llaman el Quinto.

—En cualquier caso, no soporto que tenga que saberlo todo de mí.

Me encojo de hombros. Ellen y yo hemos hablado sobre el tema, pero sólo por encima; ella también parece querer distanciarse cuando hago alusión a mi vida con su padre. Siempre me interrumpe con alguna pregunta: cómo conseguía que cinco chiquillos se pusieran los trajes de nieve o si de verdad había tres orinales en fila en el baño de abajo.

—Sobre todo porque nosotros no sabemos nada de él.

Va al salón, se asoma a la puerta y llama a Tracy y Diane. Abro el lavavajillas y meto varias tazas. Tal vez sea porque Michael ha vuelto, pero de pronto me parece un lujo tener a Ellen, a Joe y a las niñas por aquí; se trata de un sentimiento materno que me ofendía cuando mi madre lo exteriorizaba conmigo, su única hija. Aquellos días creía que nada podía detenerme, que podía irme a Alaska. A Singapur. A Nueva Zelanda. Que, incluso si más adelante tuviese hijos, éstos no se percatarían de mi ausencia. A diferencia de una hija, una madre podía quitarse de en medio sin tener que decirle a nadie cuándo iba a volver. Pero Ellen y Joe son, en este sentido, idénticos a cualquier padre o madre. Ellen ni siquiera consiente que yo deje mi coche en el aeropuerto: siempre tiene que llevarme y recogerme; si no, no se queda tranquila. Y Joe siempre me envía una copia del itinerario. Durante mucho tiempo, lo primero que hacía cuando llegaba a cualquier hotel era preguntar si me había llegado algo por correo, porque sabía que tendría una postal de Joe diciendo cosas como: «Querida mamá, aquí estás, sentada frente a mí. Me acabas de preparar el desayuno: zumo de naranja, huevos y levadura de cerveza. Ahora me lo voy a tomar todo y te vas a quedar de piedra. Bueno, mamá, sólo quería saludarte y decirte que lo pases bien». Annie y Daniel no están tan encima pero igualmente se mantienen al tanto de todo. Todo apunta a que su padre les debió de decir en algún momento que yo los abandoné y, para ellos, eso se convirtió en un axioma que trascendió cualquier tipo de información posterior. Cuando les pregunto qué fue lo que les dijo su padre, nunca recuerdan nada. «Algo bueno, seguro», dice Joe. «Papá siempre tiene alguna teoría a mano». Desde el punto de vista de mis hijos, yo merecía la reputación de tener un comportamiento impredecible y poco fiable, de ser capaz de romper con todo a la primera de cambio. Supongo que ésa es mi penitencia: el hecho de que se preocupen tanto por mí es el recuerdo perenne de que una vez hui de ellos.

No soy pionera en el arte de desaparecer, aunque ellos no lo saben. Mi madre tenía una prima. Ahora tendría más de cien años, pero cuando yo tenía diez y ella sesenta, e imagino que todo el mundo creía que su vida emocional estaba ya más que encauzada, huyó a Denver. Todos los hombres de la familia fueron tras ella, cuatro granjeros con sus monos de granjero dejaron sus tierras en pleno verano y se costearon —aquello sí que fue chocante— sus correspondientes billetes de tren. Estaba casada con un primo segundo, el tío Karl, un hombre próspero que ni bebía

ni le pegaba, así que para todo el mundo era obvio que ella tenía que estar loca por haberlo dejado. La trajeron de vuelta y la metieron en un psiquiátrico estatal. Mi padre y mis tíos eran buenos hombres y la sacaron del asilo un año después. Se quedó en casa, curada al fin, y murió con noventa y tantos años. Yo jamás hablé del tema con ella. De hecho, apenas hablé con ella durante mi adolescencia porque no quería que los hombres estableciesen la conexión criminal que, según mi modo de ver, existía. Pero una cosa sí sé. Y es que no la volvieron a dejar sola. Siempre había algún familiar pendiente de ella, por su propio bien.

Yo nací en 1934, en el seno de una familia numerosa, tan trabajadora y tan unida que sobrevivió a la Gran Depresión con sus granjas intactas, al corriente de todos los pagos y, en algunos casos, incluso más boyantes. Tenacidad escandinava, silencio escandinavo. Pat, de ascendientes irlandeses asentados en Chicago, también tenía sus teorías con respecto a mi familia. Gracias a nosotros empezó a interesarse por la genética y llevó a cabo un importante estudio comparativo longitudinal sobre reacciones alérgicas recurrentes entre familias irlandesas de Chicago y familias noruegas de Iowa noroccidental. También se leyó las sagas islandesas más relevantes y desarrollé una predilección especial por Knut Hamsum y Sigrid Undset.

Todo el mundo decía que era un genio, aunque, según Joe, Pat era demasiado rápido para ser considerado como tal. Joe se muestra un tanto incrédulo ante la supuesta genialidad de Pat. De hecho, ha inventando su propio sistema, un arcoíris de inteligencias que abarca desde la roja estupidez supina hasta la inescrutable agudeza violeta. Joe envidia la «genialidad» de Pat (azul puro, rotundo) desde la perspectiva de su propio verde —apenas un escalón por encima de la media («listo»)—, y aunque yo intento convencerlo de que su envidia no tiene sentido y que esa clasificación es absurda, secretamente sé mejor que Joe que en cierto momento sí hubo algo que envidiarle durante aquellos días en que Pat estaba descubriendo sus poderes.

Aunque todavía ejerce la medicina, sospecho que Pat nunca se recuperó del todo del accidente, y, de todas las cosas perdidas, tal vez su inteligencia fuese la más extraordinaria. Podría haber sido un genio, haber doblado el espectro, fusión de rojo y violeta en un instante imposible. Para mí era más como un timbre vocal, emotivamente nítido, indefinible, fugaz. Aunque el rendimiento escolar de Ellen fue espectacular, la verdad es que ninguno de los niños heredó la inteligencia de Pat. Tal vez tuviese que ver con la endogamia de su familia; de hecho, sus tías conservaban el acento irlandés a pesar de llevar dos generaciones en Chicago. Cuando se casó conmigo, la raza noruega entró en juego, otra cepa pura, tenaz pero en ningún caso brillante, «amarillo prudente», como diría Joe, del color de los girasoles y de los campos a finales de verano.

—¿Para qué quieres tanta genialidad? —le pregunto—. ¿De qué le ha servido a él?

Joe es lo bastante listo como para no hacer alusión a los logros de Pat como investigador, destacables, sí, pero los tiros no van por ahí; tampoco a sus logros como médico, más destacables aún, porque son más humanos, pero tampoco va por ahí la cosa. De modo que Joe siempre se encoge de hombros. Pat no es feliz, no está tranquilo, no tiene mucha conciencia de sí mismo, ni siquiera es todo lo rico que podría ser para ser médico especialista. Tiene lo mismo que podría haber conseguido con una inteligencia normal y corriente: dos esposas, nueve hijos, la sensación de que le falta algo. En fin, yo tengo otra imagen de la mente, de cualquier mente, no tiene que ser ninguna en especial. Para mí la mente es una rueda, como la de un barco de vapor que gira lentamente en una especie de inmensidad organizada, más grande de lo que aparenta, alcanzando cada vez más profundidad y sacando a la superficie una riqueza desconocida, más de la que nadie

puede prever. Y la genialidad es..., son como circulitos rojos reflectantes clavados a las paletas de la rueda, llamativos, bonitos, cegadores bajo determinadas luces, pero insignificantes a pesar de todo, meros ornamentos. Joe nunca me ha hecho caso. Se ha pasado la vida en el colegio, allí siempre se premia la genialidad, y, a fin de cuentas, yo no soy más que su madre.

Detrás de mí, la puerta mosquitera pega un portazo. Joe entra empapado en sudor seguido de Tracy con la llave inglesa en la mano. Veo a Diane a través de la puerta mosquitera observándolo. Tienen ocho y seis años respectivamente, son «sus niñas». Con sus sobrinas tiene la paciencia que nunca tiene consigo mismo; han estado ayudándolo —es una forma de hablar— con el proyecto cortacésped. Si una de ellas le sugiere alguna idea, él se toma el tiempo necesario e intenta ponerla en práctica en vez de decir que lo más seguro es que no funcione. A cambio, ellas se preocupan por él. Diane le deja papelitos doblados con monedas dentro porque es consciente de que Joe no tiene trabajo.

—Tracy y Diane quieren venir conmigo a la ferretería. Necesito algo para aflojar el volante.

Llega Ellen desde el salón.

—¿A cuál vas a ir? ¿A la que está al lado de la licorería?

—Ésa está bien.

Y de este modo, se disponen a irse todos en comandita; Ellen y Joe se chocan sin querer, Diane acerca su mano a la de Ellen y Ellen la aprieta sin perder el hilo de lo que le está diciendo a Joe. La llegada de Ellen y las niñas parece haberlo relajado un poco.

Justo cuando el coche de Joe se está incorporando a la carretera, Michael baja por las escaleras y dice:

—Hey, mamá.

—Hola, cariño, ¿has dormido algo?

—Más o menos. Aunque sabía en todo momento dónde estaba. ¿Hay café hecho? —Se estira, se sienta a la mesa, se frota la cabeza con ambas palmas—. He llamado a Annie y a Daniel. No he podido resistirme a ese teléfono, es alucinante, nada más hay que pulsar un botón y se marca el número solo. Pero vaya, que los he saludado y ya está.

—Ya tendrás tiempo de hablar con ellos. Van a venir el primer fin de semana de septiembre, para el *Labor Day*.

Nuevamente me quedo estupefacta por el modo en que sus muslos, al sentarse en la silla, no se expanden, se quedan tal cual. Y por el hueco de su estómago. El algodón holgado de su ropa cae y se pliega a su antojo en torno a su cuerpo. Le pongo una taza de café por delante, él le añade la crema y el azúcar. La mitad de la taza desaparece al primer sorbo. Estoy al tanto de los estudios que revelan actitudes, costumbres y patrones vitales similares en gemelos idénticos que han vivido separados, pero no por ello es menos desconcertante. Se sienta derecho, con los hombros relajados, lo único que dobla es la cabeza, igual que Joe. Se gira y me sonríe cuando me pilla observándolo, y su sonrisa es cerrada al principio y luego se abre, como la de Joe. Aparte de eso, expresa la misma calidez y familiaridad que he podido advertir en la sonrisa de Joe a lo largo de este verano y que había atribuido al hecho de haber pasado tanto tiempo juntos.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

—Siempre.

—¿Algo que no puedas comer?

—No he comido mucha carne en los dos últimos años. ¿Sabes lo que me apetece ahora

mismo?

—No.

—Un buen tazón de helado de chocolate.

Lo complazco.

Mientras se lo come, voy preparando las cosas para el pícnic: tofu marinado y aguacate, rodajas de tomate, coles de Bruselas, pechuga de pollo fileteada, una barra de pan.

—¡Mamá, haz el favor de sentarte! —dice Michael al fin.

—No queremos empezar muy tarde. Se tarda bastante en llegar y los días ya no son tan largos en esta época del año. Me gusta llegar con tiempo para dar un paseíto por el arroyo.

Me pongo a buscar el queso suizo.

—Hey, mamá. Estás pasando de mí.

Joe lo habría formulado como una pregunta. Lo miro, sorprendida, y ahí está la sonrisa de Joe, cálida, familiar, casi conspiratoria. Da hasta repelús, pero bueno, me siento. Un momento después miro a Michael directamente a los ojos, y su mirada está clavada en la mía. Es guapo, su cara es más masculina de lo que era antes de irse. La nariz y la barbilla han adquirido su forma adulta. Tienen la prominencia que tenían la nariz y la barbilla de Pat. Sus labios no son tan gruesos como hace diez años, pero siguen teniendo más suavidad que la media masculina. Tiene las pestañas muy pobladas y los ojos tirando a marrón leonado. Del holgado cuello de su camisa asoman vellos rizados que antes no estaban. Su pelo es como el mío, liso y recio, castaño anodino. No dejo de mirarlo, como si estuviera mirando un objeto, y él me lo permite. Sus ojos son afectuosos y receptivos, también observo la silueta de mi cabeza reflejada en sus pupilas.

—Hola, mamá.

—Hola, Michael.

—¿Qué estás pensando, mamá?

—Estoy pensando que tus glándulas sexuales deben de estar en plenas facultades. Seguro que te has acostado con más de una chica.

Esto es algo que llevo haciendo todo el verano con Joe, hablar de temas generalmente tabú entre madre e hijo. Me gustaría que mis hijos vieran en mí lo que soy: una mujer adulta, pero una mujer adulta en todos los sentidos. Me gustaría que me hiciesen ese favor, ahora, antes de que se casen.

—¿Una chica? ¿Eso qué es? —me pregunta. Y añade—: No me has escrito mucho, mamá.

—Una vez al mes.

—No.

—Todos los meses —insisto. Michael pone sonrisa de «ya no me chupo el dedo, mamá». Me siento avergonzada—. Bueno, casi todos los meses. Es que nunca sabía qué decir. Pero me he acordado de ti todos los días. Y además, los demás no han dejado de escribirte.

—Estaba lejos, mamá.

—No tan lejos.

Me levanto, cojo su tazón y lo pongo en el fregadero.

—Claro, claro, en la otra punta del mundo, tampoco es para tanto. Con una nave espacial me podría haber ido más lejos todavía.

—A mí no me ha dado la sensación de que estuvieras lejos. Igual no lo sabes, pero una madre nunca está sola, incluso cuando ninguno de sus hijos está cerca.

—Bueno, siéntate.

Su mirada es intensa, casi desconcertante. De pequeño tenía muchos celos, incluso de Joe, pero sobre todo de cualquier cosa que yo hiciese por Daniel. Con dos y tres años intentaba conquistarme de todas las formas posibles, desde las adulaciones más obvias (el Día de la Madre era su festividad favorita) hasta las demandas de atención más virulentas. Con cuatro años se venía todas las noches a nuestra cama y se acostaba a mi lado, se me enroscaba al cuerpo y me rodeaba con sus bracitos. Vamos, que tuve que empezar a acostarme con el camisón puesto y dormir hecha un ovillo. Pat decía que teníamos que trazar una línea, pero Michael se obcecaba de tal manera, se ponía tan furioso, que ni siquiera él se atrevió a interferir. Finalmente, varios meses después, empecé a encontrármelo en la cama de Joe, en la litera de arriba, abrazado a él.

Me siento.

—Ay, mamá —dice.

—Pensaba que hacer un pícnic podía estar bien, pero podemos dejarlo para otro día. ¿Prefieres que hagamos otra cosa para cenar?

—Podemos ir a un restaurante, pedir tazas de agua caliente, echarles ketchup y así tendríamos sopa de tomate. Nos podemos comer el pan gratis. Y luego, aparcar en la autopista, detrás del autocine, y ver la película sin sonido.

—Podríamos. No sé si quiero.

Se ha reclinado en la silla, con un brazo por encima del respaldo. Su mirada, fija, como deliberando. Suspira.

—Unos amigos de Benarés volvieron a Estados Unidos, de visita solamente, hace unos seis meses. Me dijeron que sería raro. Y lo es. Casi es insoportable.

—¿En qué sentido, cariño?

—No siento nada dentro. Nada de nada. Más que desorientación es desarraigo. Pero allí también me sentía así. Los últimos cuatro meses más o menos. No quiero volver, al menos no a la India. Estaba loco por irme de allí. Pero ahora sólo tengo ganas de llorar. ¿Está bien que un tío de veinticinco años le diga eso a su madre?

—Claro que sí.

—Ojalá estuviéramos solos, no sé. O Joe y yo solos. Me da que las cosas no van a ser fáciles con él. Antes, cuando estaba arriba y todo estaba en silencio, no conseguía quedarme dormido, era como si algo me oprimiera. Tenía la sensación de que si dejaba que el sueño me venciera, las paredes se desplomarían y la oscuridad me acabaría inundando. Pero también estaba cansado y no conseguía despertarme del todo y bajar. Entonces oí a Ellen y a las niñas fuera, y a Joe y a ti hablando, y eso también me dio miedo. No lo sé. Sabía que iba a ser duro, pero es más duro de lo que creía. Ay, mierda.

Ha dicho «ay, mierda» porque ha ocurrido, ha empezado a llorar. Al principio sólo son lágrimas cayéndole por las mejillas, pero luego el llanto le provoca temblores y tiene que fijar los codos en la mesa para inmovilizar el cuerpo. Sacude la cabeza y apoya la cara sobre las manos. Me acuerdo de antes, de cuando me dejó mirarlo, y le toco el pelo con los dedos, agarrando pero sin tirar. Es lo que me hacía mi madre cuando yo era pequeña, y me resultaba extrañamente reconfortante.

Pero consolar a mi hijo que llora, que fue a la India siendo un niño y ha vuelto hecho un hombre, me da un poco de vergüenza. Lo agarro del pelo con más firmeza y finalmente Joe dice:

—Mamá, me estás haciendo daño. —Su voz suena irónica, normal. Se quita las manos de la cara. Yo quito los dedos de su pelo. Añade—: Mamá, eso que has hecho de tirarme del pelo ha sido muy raro.

—Me ha dado como un pronto, he creído que era lo que tenía que hacer. Mi madre siempre me hacía eso. —Sonreímos. La lengua de Michael sale para relamerse las lágrimas de sus labios. Añade—: Anda, vete a lavarte la cara con agua fría.

Sube las escaleras. Cuando los demás llegan, Ellen se va directa al teléfono y pulsa el botón que marca automáticamente su número.

—¿Sigues vivo? —dice antes que nada. Luego suelta una risa de alivio y prosigue—: A mí de eso ni media palabra. Si las alas se tambalean al aterrizar o cosas así, a mí no me lo cuentes, ¿vale? —Pausa—. ¿Siete aterrizajes? Por Dios bendito, Jerry.

Me llevo a las niñas al salón. Mientras Ellen habla por teléfono y yo pongo la oreja, me percató también del *frisbee* y los yoyós que Joe le ha comprado a las niñas. Me sorprende descubrir que el hecho de que Jerry haya sobrevivido a su primer vuelo en solitario me produce el mismo alivio que a Ellen. Jerry, debo decir, se ha empeñado en estas clases de vuelo a pesar de la rotunda oposición de Ellen. No es mucho más joven que yo, creo que anda por los cuarenta y seis. Al igual que yo, ha vivido más de una vida. Durante mucho tiempo fue trabajador social en Cleveland. Hizo un máster de Política Pública en un intento desesperado por reflotar el interés por su carrera profesional, y entonces fue cuando conoció a Ellen, que estaba asistiendo a un curso en el que él participaba como profesor. Ella es delgadita, tiene piel de porcelana y labios carnosos, así que puedo imaginar lo dúctil —delicada incluso— que debió de parecerle. La primera vez que lo trajo a casa, Jerry se acercó a mí y me dijo cariñosamente: «Ellen es dura de pelar, ¿eh?». Ellen comenta a veces que si Jerry la hubiese escuchado con atención en su día —cuando ella era una estudiante universitaria de diecinueve años y él su profesor de treinta y cinco—, ahora no le sorprendería tanto el fregado en que está metido. Les va bastante bien con la librería, y aparte él trabaja esporádicamente como consultor. Como su edad está próxima a la mía, no puedo evitar pensar cosas como que no es mi tipo. Deja que sus preocupaciones afloren a la superficie y es muy hablador. No obstante, estoy contenta de que Ellen esté con él, porque ella es —como habría dicho mi madre— «una sargenta», y a él se le da bien cortocircuitar sus pasiones antes de que se apoderen totalmente de ella. Ellen cuelga el teléfono y viene al salón.

—Bueno, y ¿dónde está? —pregunta—. Hace tres horas que llegué y todavía no he visto al hombre del momento.

Joe, que está sentado en el banco del piano haciéndole un nudo a una de las cuerdas del yoyó, dice:

—¿No volvía algún día de la semana que viene? ¿Cómo se llamaba?

—Pues mira, nuestro amigo aquel, el que estuvo en la India, cuando volvió quería que todo el mundo lo llamara «Ravi», y luego guardó voto de silencio durante tres meses. Iba a hacer una cúpula geodésica y Jerry, supuestamente, iba a ayudarlo a construirla, pero el proyecto no pasó de una maqueta hecha a base de cerillas Ohio Blue Tip. El tipo cogía la maqueta, la alzaba con las manos, miraba a través de ella y decía: «Éste es un espacio mucho más humano».

—Esas cosas no se te ocurren sólo por haberte ido a la India —dice Joe. Seguidamente enrolla el yoyó y lo prueba, hace el dormilón durante diez o quince segundos, luego se lo da a Tracy.

—Bueno, ya se verá, tiempo al tiempo —dice Ellen. Su tono es jovial, pero es obvio que le

está pinchando—. Después de aquello, nuestro amigo tuvo setenta y cinco viajes de psilocibina.

—¿Por qué no te callas?

—Estoy hablando de hace quince años, era una época totalmente diferente y, por supuesto, una persona totalmente diferente...

Joe le da a Diane el yoyó, se pone de pie de repente y dice:

—Vamos al porche. Allí os lo puedo enseñar mejor.

Tracy mira a Ellen de refilón mientras sigue a Joe, pero Diane sólo tiene ojos para Joe.

Cuando ya no pueden oírla, Ellen apoya los pies en la mesita de centro y dice:

—Qué susceptible, ¿no?.

—Si lo sabes, ¿para qué insistes?

—Mamá, si hubiera que estar pendiente de los cambios de humor de Joe, no se podría decir nada.

—Tampoco es para tanto.

—Joe y yo sabemos de qué pie cojea cada uno. Nuestra insensibilidad hacia nuestros respectivos sentimientos es un gran privilegio.

—Si tú lo dices.

—En fin, y aquí nuestro amigo, ¿cuánto tiempo lleva durmiendo?

—No me puedo creer que te estés refiriendo a mí —dice Michael desde las escaleras.

—Mierda —dice Ellen—. ¡Estás aquí!

Sube corriendo las escaleras y lo agarra de la cintura, empieza a darle besos y tira de él para que baje. Michael se ríe, y es cierto, su entusiasmo es adorable. No es que ella esté más contenta de verlo que el resto, pero comparativamente nos pone a los demás en evidencia. Lo arrastra al sofá y se sienta a su lado y le pone una pierna encima de las suyas.

—Joder, qué fuerte —dice Ellen—. Llevo dos años viviendo sin ti y no me ha dado ni un bajoncillo ni nada, pero ahora te miro y de verdad que no entiendo cómo he sido capaz de sobrevivir un solo día. ¿Cómo te ha ido? ¿Qué es lo que más te ha gustado?

—Bueno, el Himalaya estuvo bastante bien. Vi dos tigres.

—Anda ya, te estás quedando conmigo. ¿Y la comida qué tal?

—Bien, bien...

—¿Qué es lo que más te ha gustado?

—¿La comida que más me ha gustado? Pues no te creas que...

—A ver, en dos años tienes que haber probado algo que te impresionara. Cuando Jerry y yo fuimos a Inglaterra...

—No tiene nada que ver con Inglaterra, la comida allí...

—¡Dios, todavía no me creo que estés aquí! ¿A ti no te pasa? —Michael hace una pausa antes de responderle, sólo la mira. Ella sigue diciendo—: Si vas a decir que no había comida buena, te creeré. Qué mala cara tienes. —Le levanta la camisa y le mira el abdomen, luego le aprieta el brazo superior.

—¿Te enseñé también los dientes? —le pregunta Michael.

—Ah, ¿pero todavía te queda alguno? —dice Ellen y luego se acerca y le da un suave beso en la mejilla.

Joe reaparece, se sienta de nuevo en el banco del piano, toca varias notas, finge no ver a

Michael.

—¿Cómo va el pícnic, mamá? Me está entrando hambre —dice Joe.

—Está listo. Sólo falta meterlo en el coche

—¿Adónde vais? —pregunta Ellen.

—A Eagle Point Park.

—Mmmp.

—¿Eso qué significa? —pregunta Joe.

—Significa «mmmp» —responde Ellen y se levanta con dificultad del sofá.

Quiere decir —no me cabe la menor duda— que está molesta porque no le hemos dicho nada. Le da un pellizco a Joe en la mejilla.

—Ay, qué guapo eres —dice Ellen.

Joe frunce con sarcasmo los labios como si fuera a dar un beso. Después Ellen le acaricia el pelo a Michael y dice:

—Adiós, chiquitín. Te quiero.

Para mí no hay, como de costumbre, ninguna señal de despedida, ni siquiera un saludo con la mano. Joe la acompaña a la puerta para despedirse de las niñas.

Michael se incorpora y me mira.

—Oye, mamá, ¿has visto alguna película de Satyajit Ray? —me pregunta.

—Diría que no.

—Creo que tienes que ver como unas diez películas de él antes de que te pueda hablar de este viaje.

—Pero no es necesario que tengas un discurso elaborado sobre la India, Michael. Con que me hables de lo que te ha parecido a ti es suficiente.

—Ésa es precisamente la cuestión. No es posible tener sensaciones propias sobre la India, ni siquiera sobre Benarés. Incluso diría que es casi imposible tener un punto de vista. Cualquier cosa que pueda decir yo, no será más que una réplica de lo que dice todo el mundo. —Se reclina y cierra los ojos, después sigue hablando—: En realidad, ahora tengo más cosas que decir de Estados Unidos que de la India. Por ejemplo, una cosa que me resulta extraña de los estadounidenses es su forma de decir las cosas, como si lo que quisieran tuviera realmente importancia.

—¿Acaso no es verdad? En fin, supermercados Kroger, autopistas de cuatro carriles, silos de misiles.

—No digo importancia en el sentido de que lo que quieren podría ocurrir, sino que asumen que *debería* ocurrir.

—¿Y los indios no creen que lo que quieren debería ocurrir?

—En realidad, no. Es decir, están los que creen que podría ocurrir y los que creen que no. Y luego están los que piensan que estaría bien que ocurriera.

—No creo que haya tanta diferencia.

—Es diferente.

—¿El qué?

Joe se deja caer en una silla como quien no quiere la cosa. Michael cierra los ojos y apoya la cabeza en el respaldo del sofá.

—La India. ¿Qué, si no? De todas formas, lo peor de vivir en el extranjero es que te pasas el día hablando de ello, como observándote a ti mismo en el nuevo entorno. Las primeras semanas nadie habla de otra cosa. Y los que llevan allí años todavía siguen hablando de eso. Nadie alcanza un entendimiento más amplio. Es como mirarse constantemente en un espejo en vez de tener conversaciones reales.

—Pensaba que habías conocido a gente que te caía bien —apunto.

—Allí había gente a la que quería —suspira.

Joe se peina el pelo con los dedos y dirige la mirada hacia las librerías.

—¿Nadie tiene hambre? —dice.

Michael sigue con lo suyo:

—Bueno, mamá, tampoco es que le haya dado muchas vueltas al tema. Lo único que tengo es un pequeño acopio de cosas que recuerdo haber dicho y que, en el momento, sonaron muy elocuentes, además de todo lo que dije en las cartas.

—Claro, como a mí me tenías abandonada.

—Pero habrás leído las de Joe.

Niego con la cabeza.

—Ah —dice Michael.

Joe se aparta ceremoniosamente de la librería y se gira hacia mí:

—No sabía que podía enseñarlas. Parecían bastante personales.

—Bueno, tampoco tan personales como para que no las pudiera leer mamá.

—Ah —dice Joe.

—¿Quién tiene hambre? —pregunto—. Son casi las cinco. Voy a darme una ducha rápida.

La ansiedad se va acumulando, grano a grano, en mi pecho.

En la ducha sigo pensando un poco más en la observación de Michael. El jueves, el Gobierno federal presentó una demanda contra el Estado para que reparase varias carreteras de la zona sur y construyese una nueva autopista de cuatro carriles con el fin del conectar el Centro de Apoyo de Armamento Naval con la interestatal 68. Es un paraje remoto y hermoso del estado, con colinas bastante grandes y un buen número de bosques nacionales. Se rumorea que la Armada quiere almacenar armas químicas y dejar que se desintegren allí. Mi cometido como trabajadora del Departamento de Transporte será decirles, tal vez este mismo lunes, que no disponemos del dinero para ello. Se trata de una ficción presupuestaria equiparable a imaginar que tengo a mi recaudo una hucha enorme llena de dinero y que, contando el efectivo, puedo decir qué se puede permitir el estado y qué no. El dinero (o al menos las cifras que indican los ordenadores de mi departamento), a ojos de los ciudadanos, e incluso de los políticos, parece ser una realidad a la que recurren para determinar lo que quieren de verdad. Aunque la realidad es que pueden tener cualquier cosa que quieran. Y eso lo saben bien los abogados de Washington. Saben que pueden obligarnos a construir las carreteras, incluso pueden obligarnos a que nos gusten las carreteras, y el modo de conseguirlo es llevarnos a los tribunales. Pero si somos capaces de reunir suficientes argumentos en contra de su proyecto, se darán cuenta de que obligarnos a querer lo que ellos quieren es demasiado difícil y se irán con las armas químicas a otra parte.

Averiguar lo que queremos es lo que requiere tiempo, esfuerzo y dinero. Ni las altas esferas, ni el Departamento de Transporte ni los grupos ecologistas; nadie sabe qué queremos en realidad ni en qué medida. De pura casualidad sé que el rumor de que la Armada tiene intención de

almacenar allí armas peligrosas —transportándolas por nuestras carreteras y atravesando nuestras ciudades— se originó en el despacho de uno de los abogados que interpone la demanda federal. Sé que los grupos ecologistas estaban al tanto de la demanda desde el día en que se presentó porque dos de mis contables llamaron a gente que conocían de la universidad y se lo dijeron. ¿Se trata de corrupción? ¿De conciencia? Creo que es la forma que tenemos los estadounidenses de averiguar lo que queremos de verdad. El lunes seguramente diré: «No creo posible que el Departamento de Transporte pueda permitirse construir más de cien nuevos kilómetros de interestatal teniendo en cuenta la actual situación presupuestaria», y todo el mundo se quedará conforme gracias a las cifras, a los hechos. Pero las dos preguntas determinantes son: ¿Hasta qué punto quiere la Armada esa carretera? Y ¿hasta qué punto no la quiere el estado?

Según mi experiencia, sólo existe una única motivación, y no es otra que el deseo. No hay razones ni principios capaces de ponerle coto, de plantarle cara. Al parecer, la prima de mi madre se pasó nueve años ahorrando para huir a Denver, y lo hizo en un mundo en el que las mujeres no tenían acceso al dinero. Otra prima de mi madre convenció a su padre para que la dejara ir a la universidad local durante la Gran Depresión. Gracias a una beca consiguió pagarse la matrícula, y encontró otro estudiante que se ofreció a llevarla en coche a la facultad, pero su padre no quiso darle ni un céntimo para libros. Así que ella se quedaba en la biblioteca, junto a las estanterías, rondando a estudiantes que le sonaban de clase. Cuando los estudiantes se iban de las mesas para tomarse un descanso o charlar un rato, ella aprovechaba y se ponía a leer los libros de texto que habían dejado abiertos encima de las mesas. Cada vez que yo les contaba esta historia a los niños (como ejemplo de lo mucho que alguien puede desear recibir una educación), todos la cuestionaban, decían que era imposible. Pero la prima Maia no dudó ni un instante. La fuerza del deseo es algo que no he cuestionado jamás, ni siquiera de niña.

Tras la ducha, bajo al salón y veo a Joe y Michael en el suelo, junto al equipo de música, echando un vistazo a los discos nuevos de Joe (Joe se recorre todas las tiendas de segunda mano). Michael está de buen ánimo, receptivo, y se nota que Joe está encantado. Va poniendo canciones de diferentes vinilos, mira, escucha esto, espera, a ver esto otro qué te parece, mientras Michael lee detenidamente las cubiertas. Se lo están pasando verdaderamente bien, intercambiando información. En breve se pondrán a hablar de béisbol. No me echan cuenta cuando paso junto a ellos en dirección a la cocina, simplemente se apartan para que yo pueda pasar.

Eagle Point Park es uno de mis lugares favoritos, una delicia de parque, y si había algo que me apetecía hacer cuando Michael volviese era ir allí. La semana pasada, en cuanto remitió el calor, pensé que el tiempo sería ideal para hacer un pícnic. Cuando vi que en el Kroger había arándanos frescos y frambuesas tardías, me dije: helado casero de frutas del bosque. No sé si es por haberme criado en una granja, pero siempre me siento aliviada al aire libre, como más ligera. Para mí, las celebraciones de verdad se tienen que hacer fuera, a cielo descubierto, y creo que cuando esté en ese refugio de piedra que tanto me gusta, frente a Michael, sentada en un banco de madera, entonces asimilaré que mi hijo ha vuelto, que en su viaje ha encontrado peligros y que los ha sabido sortear, y sólo entonces conseguiré desentenderme de esta prudencia práctica en torno a su regreso y me sentiré, al fin, eufórica.

De hecho, empiezo a sentirme un poco así en el momento en que Joe, al volante, atraviesa la entrada de piedra y sigue por una de las carreteras del parque.

—Donde siempre, ¿no, mamá? —dice.

«Donde siempre» está en un claro con vistas al arroyo. El sendero del arroyo pasa por allí.

—Claro, claro —respondo.

—Mamá es un animal de costumbres —dice Joe.

Ponemos rápidamente los avíos del pícnic sobre la mesa y echamos a andar por el sendero de la izquierda en dirección a una serie de cascadas que hay en un rincón especialmente frondoso y apacible de bosque. El ancho del sendero da para dos. Yo voy detrás de ellos. Después de pararme unas cuantas veces para cotejar las flores que veo con las del libro que llevo, empiezan a sacarme una buena ventaja, los veo charlar tranquilamente.

Incluso desde lejos es obvio que Joe está exultante. Oigo su estallido de risa incauta, seguido de otro, y otro más. Aunque su especialidad es la ironía y el arrepentimiento, también es capaz de abandonarse de improviso y por completo a la diversión; de hecho, una de las cosas que Louise comentaba en la carta que leí es que nunca se lo había pasado tan bien con nadie como con Joe. Me detengo y dejo que salgan de mi campo de visión, seguidamente me quito los zapatos y meto los pies en el agua. El arroyo es poco profundo y el agua está calentita, pero el fondo resbala. Los dedos de mis pies parecen enormes y blanquísimos en comparación con las antiguas piedras broncíneas que forman el lecho. Su flujo es tranquilo, perfecto: sin turbulencias, calmado, casi en silencio. Las ramitas y hojas que arrastra la corriente parecen tener una velocidad irreal. El arroyo que pasaba por la granja de mi madre era como una cuerda de agua zigzagueando entre pastos, de lejos parecía un lazo oscuro atravesando los tonos leonados del paisaje. Aquí y allá, los álamos negros se arracimaban a su paso, y al llegar a la granja vecina, el arroyo se ensanchaba formando un pequeño cenagal. Todos los años, en el cenagal, podían verse bandadas de patos y gansos y faisanes y urogallos grandes, pero incluso el tramo que discurría junto a la granja era un hervidero de insectos y pájaros y roedores y conejos y zorros. El arroyo de aquí es más como una fotografía, con rocas dispuestas artísticamente y cimbreadas ramas verdes, y un puente de piedra construido por el Cuerpo Civil de Conservación. A excepción de arañas de agua y mosquitos, aquí nunca he visto ningún tipo de fauna; en cualquier caso, venir a este paraje siempre me revitaliza. Vadeo hasta el centro del arroyo y me subo a una roca plana que me ofrece una panorámica del túnel de hojas. Hace dos semanas, estaban inertes y polvorientas a cuenta del verano, pero las lluvias de la semana pasada parecen haberlas reanimado. No necesito más para sentirme satisfecha.

Jamás pensé que llegaría a estarlo. Cuando vivía en la granja, mi sueño no era ir a Chicago, ni ver sus calles ni las ventanas iluminadas de los almacenes Marshall Field, sino visitar paisajes que quitasen el hipo: montañas, por supuesto; cataratas, faltaría más; pero, preferiblemente, glaciares y olas salvajes. Tenía una lista de lugares que quería visitar antes de morirme: Nueva Zelanda, Noruega, Alaska, Japón y las montañas del sur de China, Perú. Con catorce años —la edad de la insatisfacción—, llevaba siempre la lista en el bolsillo y me pasaba las horas pensando cuál sería el orden adecuado en que visitar estos destinos, la cantidad de tiempo adecuada que habría de estar en cada lugar. Nunca menos de tres meses. Me imaginaba a mí misma desmenuzando el paisaje día tras día, respondiendo a él con todas y cada una de mis terminaciones nerviosas. A veces, estando ya casada, el sentimiento reaparecía y, aunque a Pat le resultaba decadente mi afán por lo pintoresco, yo no dejaba de planear viajes, incluso formalizaba reservas en lugares como Kioto o Auckland. Fuimos al Gran Cañón, al pico Pikes y a la cordillera Azul. Desde el divorcio no he ido a ninguna parte, sólo viajes de trabajo a Washington y alguna que otra acampada en parques estatales. Y eso que en los últimos años no me ha faltado el dinero,

al menos podría haber hecho una escapada a Noruega.

Podría decir que el horror de mi divorcio y sus secuelas me amansaron, me hicieron auditora de mi propia alma, justo cuando podría haber aprendido a pilotar un avión o haberme hecho experta en Historia Natural. También podría decir, como la mayoría de la gente, que sencillamente no pude irme. Pero la verdad, tal y como yo la veo, es más delicada, tiene que ver con la belleza de este lugar, con mi necesidad de verlo evolucionar con el paso de las estaciones, y no sólo este lugar, tengo tres o cuatro rincones especiales más, todos a menos de una hora en coche desde mi casa. Ironías del destino, al final he heredado ese apego granjero por la tierra.

Para cuando regreso al refugio está anocheciendo. Joe y Michael ya han sacado la comida y están listos para cenar. Michael, de hecho, está comiendo ya.

—Imagínate, el típico empollón de matemáticas. La variable funcional en el caso de Stanley era que gracias al sistema educativo de la ciudad de Nueva York pudo saltarse un montón de cursos, y cuando llegó a la India, a nuestra escuela, no tendría más de diecinueve años. Siempre decía que iba a ser un examinador implacable, un profesor riguroso, tenía a los chavales muy asustados, y cuando se acercaba la fecha del examen final del semestre, la gente empezó a ir a su despacho, los estudiantes lo paraban antes de clase y le daban una bandeja de plata o un cesto de mangos. Stanley no veía nada raro en todo esto. Imagino que llevaba toda la vida recibiendo regalos, estaba acostumbrado y se sentía con derecho a ellos. Llegó el día del examen y, efectivamente, fue duro corrigiendo; se enorgullecía de ser capaz de separar lo personal, la amistad que sentía por los estudiantes, de lo profesional, y luego, cuando salieron las notas, casi se montó una revuelta en el colegio, los padres estaban que echaban humo. Y el tipo nunca llegó a entenderlo. Nunca entendió que había aceptado sobornos y que no había cumplido su parte del trato.

—¿Y no le dijiste nada? —pregunta Joe.

—Nah, en ese momento yo apenas tenía trato con estadounidenses. Y además, el tipo iba de sobrado por la vida; como le dijeras cualquier cosa, se ponía colorado y empezaba a resoplar. Me odiaba.

—Tenía a una chica en mi clase de Historia de la Ciencia —comienza a contar Joe— que siempre se sentaba en primera fila, justo enfrente de mi mesa. Un día se puso a desabrocharse la blusa; me miraba directamente a los ojos y que cada botón que desabrochaba parecía una piruleta o algo.

—O algo. —Se ríen.

—Yo estaba de pie, en la pizarra, y cuando volví a mi mesa y me senté, me miró con una sonrisa de oreja a oreja, como si yo hubiera tenido una erección repentina.

—¿Y la tuviste?

—Bueno... —Se ríen.

—¿Y qué hiciste? —intervengo.

—Esperé hasta que se desabrochó la blusa del todo y luego dividí la clase en pequeños grupos. No he visto a nadie abrocharse una blusa tan rápido en toda mi vida.

Michael me sirve un poco de ensalada de frutas, luego me desenvuelve un sándwich de tofu marinado con aguacate.

—Seguro que la vida burocrática es bastante insulsa en comparación con eso —dice Michael.

—Bueno, estaba el tío de los zapatos.

—¿Ése quién era?

—En realidad nadie lo sabía. De vez en cuando aparecía un señor muy bien vestido que se ponía a perseguir a las mujeres, las pillaba en algún pasillo, o solas en el ascensor, y les pedía que le dejaran lamer la suela de sus zapatos. No las amenazaba ni nada, simplemente les suplicaba, «por favor, por favor», hasta que algunas de ellas, ni ellas mismas saben cómo, al final decían que sí.

—Seguro que era el gobernador —dice Joe, y todos nos reímos.

—Ni siquiera llegamos a saber si era funcionario del estado. A nadie le sonaba de nada, y sólo vino tres o cuatro veces. Hasta elaboramos un plan de acción por si aparecía de nuevo, pero no volvimos a verlo nunca más.

Mastico. Michael cuenta otra historia, luego Joe. El crepúsculo nos abraza y, de fondo, bajo el sonido de sus voces, oigo las aguas del arroyo correr. La euforia por la vuelta a casa de Michael empieza a atraparme. Es maravilloso conversar de esta manera, como si no subyaciese ningún tipo de expectativa bajo la relación filial.

Aparto la mirada de ellos y la llevo a la oscuridad que anida bajo los árboles, tal vez porque quiero deshacerme del pensamiento que acabo de tener: es posible que no vuelva a ver nunca más ese milagro que antaño siempre me sorprendía, el hecho de que hasta sus cuerpos —especialmente sus cuerpos— estuviesen duplicados. No pensé mucho en ello hasta que cumplieron tres años o así; fue entonces cuando sus pequeñas desnudeces empezaron a tomar forma. Lunares en el lado izquierdo del cuello, pechos cuadrados, pantorrillas delgadas. Más adelante, con siete años, tórax en quilla, brazos largos, manos y pies grandes. Siempre dos o cuatro de cada cosa. Eran unos niños muy guapos; se quedaban tan quietecitos y tan derechos. Habría estado orgullosa de uno de ellos en el mismo grado en que lo estaba de los demás. Pero lo admito, mi orgullo se amplificó debido a lo idénticos que eran. Sentada en este duro banco, de repente anhelo verlos así por última vez, no sólo el milagro del pequeño Joe y el pequeño Michael, también el de los demás: Ellen, con cuatro años, y Annie, con siete meses, compartiendo un melocotón; Daniel, con dos o tres años, empezaba a rodar por el suelo desde un extremo del salón al otro hasta que se mareaba, se ponía en pie y gritaba «ahí va», lo que quería decir que el salón le daba vueltas. Mientras observo cómo Joe observa a Michael devorar la comida, el hecho de que nunca más volveré a verlos como inocentes bebés me atormenta.

—¿Sabes? —dice Joe—. Mientras dormías, he buscado la enfermedad que tienes en la enciclopedia. La verdad es que no es algo que me gustaría tener en común contigo. Puede extenderse al riñón, e incluso a los pulmones.

—En la India la gente la tiene toda la vida. No es lo peor que te puede pasar. Eso sí, tengo que ir al médico, aquí no se puede comprar el medicamento sin receta como allí.

—Tengo entendido que el medicamento suprime los síntomas del parásito pero no mata del todo al mamoncete. —Joe suena molesto.

—No sé.

—Ve al médico.

—He dicho que voy a ir, ¿no?

La conversación se apaga. Los insectos nocturnos han empezado a zumbar y serrar. Una ligera brisa se cuele entre las hojas y ahoga el suspiro del agua. Enrollo mi plato de papel y lo doblo por los extremos.

—Bueno, ¿te parece si vamos al Caruso's con Barbara y Kevin? Los sábados por la noche toca un pianista muy bueno. En el Handy's también hay un trío de jazz.

—Suena bien. ¿Has llamado a Barbara?

Mis hijos van a salir.

Claro, ¿por qué no?

Pero me quedo sin respiración igualmente.

—Un ratillo y ya está, mamá. Nada del otro mundo, ¿vale?

—Nada del otro mundo.

Michael levanta la mirada de su tazón de helado de arándanos y frambuesas. Me están observando, intentan averiguar si han herido mis sentimientos. Los han herido, cosa que yo no esperaba, y preferiría que no lo supiesen.

—Michael, deberías llamar también a tu padre —digo mientras me apoyo en la mesa y me levanto.

La realidad es que aunque ahora me sienta celosa y excluida, cuando se vayan volveré a ser yo otra vez, sola en el silencio de mi casa, con mis libros, mi ganchillo, mi tele, mi cama, mi ropa para lavar, en fin. Me crie en una granja como hija única. Llevo cincuenta y dos años entreteniéndome yo sola la mar de bien. De hecho, en cuanto llegue a casa me pienso poner música de la que a mí me gusta. Un disco antiguo de Jussi Bjoerling cantando famosos solos de tenor. Y como me anime, lo mismo me pongo a cantar yo también. Ya, un plan sin mucha chicha. Siempre que la gente se va, es como si algo se desprendiese de ti. Me pregunto por qué presto tanta atención a mis sentimientos. Y lo mismo podría preguntarme de Joe, y de Michael y Ellen. Somos como esos científicos de los que habla Joe, siempre parándonos en la carretera para observar pedruscos, sólo que nuestros pedruscos no tienen ningún interés —nada que ver con la velocidad de la luz o la naturaleza de la gravedad—, no son más que los escombros de nuestros sentimientos.

El castigo a mi reacción es sufrir el escrutinio compungido de Joe de vuelta a casa, seguido de su pose de hijo servicial mientras me ayuda a colocar las cosas del pícnic en su sitio.

Michael está al teléfono con el controvertido quinto hombre. Se oye el arrastrar de una silla cuando se sienta a hablar. Subo las escaleras y experimento una súbita y extraña alegría por la familiaridad de todo esto, como si, después de todo, pudiese abrazar los últimos veinte años.

Lo cierto es que Pat y yo no nos separamos de una forma pacífica. No nos portamos bien en ningún sentido. El primer acto de la larga tragedia que fue nuestra separación tuvo lugar hace exactamente veinte años. Estábamos en nuestra casa de campo, en la cocina nueva, recién reformada. Los muebles eran nuevos. Los suelos eran nuevos. Por insistencia mía, en las paredes sur y este se abrieron ventanas. El techo y los electrodomésticos eran nuevos. Yo me pasé siete meses dirigiendo los trabajos de reforma, entonces pensaba que era para darle a nuestra vida la envoltura doméstica adecuada. Al quinto mes, me enamoré de un vecino, un escritor que se pasaba metido en su casa la mayor parte del día. Su entrada en escena, pensé en aquel momento, fue inexplicable, por el simple motivo de que con cinco hijos, un marido quisquilloso, una madre enferma y la casa en obras, no podría haber tenido tiempo para él. Pero saqué tiempo para él. Entonces, un sábado por la noche, en la cocina —los pequeños estaban acostados y los mayores no dormían esa noche en casa—, vi que lo que yo había construido era en realidad el escenario para la obra que estaba a punto de comenzar. Pat y yo éramos los protagonistas; el escritor, cuyo nombre era Ed, desempeñaba un papel crucial, y la cocina, la cocina representaba el instante fugaz de plenitud que estaba a punto de ser desmantelado. Que estaba a punto, debería decir, de volar

por los aires.

Michael y Joe tenían cinco años y medio, y estaban a punto de entrar en parvulario. Los mayores iban ya al colegio, todos los días hasta las tres, y en ese momento, que era verano, estaban apuntados a un campamento de día. Desde la mañana hasta la noche, día tras día, durante casi un año, la vida se redujo a los gemelos y a mí. La casa y sus dos hectáreas eran nuestro mundo; creo recordar, de mi propia niñez, la cualidad densa y circundante que tienen esos mundos. Los alrededores de la casa estaban repletos de antiguas plantas: arbustos en flor, parterres de lirios de tigre, lilas, iris, espíreas por todas partes. No muy lejos había un arroyo, y entre la casa y la carretera se extendía una colina ideal para deslizarse en trineo. Durante un año entero, entre las ocho y las tres, de lunes a viernes, los gemelos y yo tuvimos una vida doméstica idílica. Los colores del otoño, el espeso manto de nieve, la húmeda primavera, la vegetación justo al nivel de sus ojos. El mundo ofrecía un sinfín de escondites secretos donde hallar protección. Sus hermanos mayores —que requerían más atención— no estaban, me tenían entera para ellos, y se tenían el uno al otro. Inmensidad pasajera. Un mundo de plenitud diaria tan real como la vida misma. Durante aquellas horas del día yo me sentía feliz y productiva, y estaba encantada con mis hijos y ellos conmigo. Aquel verano empezaron a ir a la guardería dos mañanas a la semana (idea de Pat) para que se animasen a hacer más amiguitos y se fuesen despegando el uno del otro. Yo dejaba a los obreros en casa y me iba andando por el camino de gravilla que llevaba a la casa de Ed. Vivía en una casa antigua, muy antigua, con tres dormitorios y una cocina exterior en la parte de atrás con una estufa de leña de 1884. Ed la estaba acondicionado para el invierno; en mi opinión, tenía el austero encanto de un refugio provisional, como una tienda de campaña montada a cuatro mil metros de altura.

Sábado noche durante la Administración Johnson. Marido y mujer, mujer y marido, protagonista y antagonista, víctima y verdugo, no están muy lejos el uno del otro. Él lleva una camisa azul claro y pantalones de vestir, abre la nevera con intención de sacar la leche. Ella lleva su bata rosa de sirsaca, está de pie, con las manos en las caderas, cerca del fregadero. Aparte de la nevera, el único punto de luz es el que está encima del fregadero. Durante un instante, en la oscuridad general de la escena, los dos aparecen iluminados, y en ese momento ella dice:

—Pat, tengo una relación con Ed Stackhouse, el que vive un poco más abajo, y no voy a ponerle fin. Es una relación sexual, y también de amistad.

Por supuesto, mis intenciones tenían que ver con Ed de una forma difusa e irreal. No habría tenido el valor de decirlo de haber sido de otra manera. Pat no llegó a sacar la leche. Cerró la puerta de la nevera y dio un paso largo con el vaso en la mano. Parecía desconcertado y supe que, por primera vez en mi vida, lo había pillado desprevenido. Sentí cómo me ablandaba, como si mis vértebras se estuviesen soltando, abrí la boca para decir algo menos audaz y entonces él me dio tal guantazo que me tiró al suelo nuevo de la cocina; no llevaba puesto ni un mes. Luego lanzó el vaso contra una de las ventanas —también nuevas— y se hizo añicos.

El domingo por la tarde hubo una tormenta terrible, con lluvias torrenciales y truenos y relámpagos incesantes. El estruendo de la tormenta era tal que no se escuchaban las sirenas alertando de tornados cercanos. Nos metimos en el sótano y nos acurrucamos bajo la mesa de trabajo durante una hora y media. Pat no me dirigió la palabra ni la mirada, pero llevábamos casados tanto tiempo que sabíamos exactamente qué hacer, cómo anticiparnos el uno al otro, para controlar la situación y mantener a los niños en calma. Cenamos conservas de estofado y luego acostamos a los críos. Pat se aseguró de que estaban dormidos y luego me llevó a la cocina y me

dijo, con los brazos en jarra y los puños cerrados, que más me valía coger mi ropa y largarme a la mañana siguiente, cuando todo el mundo se hubiese ido ya, y que como me encontrase al volver a casa al mediodía, era mujer muerta. Imagino que quería cerciorarse de que yo lo creía y por eso volvió a cruzarme la cara dejándome tumbada en el suelo. Lo creí. Pensé, no obstante, que si aceptaba sus condiciones y le daba tiempo para que se relajase un poco, él aceptaría una vida nueva. Conocíamos a otras parejas que se habían divorciado. Todo el mundo sabía que era duro. Pero todos terminaban por alcanzar —inevitablemente según nuestro parecer— algún tipo de acuerdo.

Por la mañana les di un beso a Ellen, a Daniel y a Annie y los metí en el autobús del campamento con una sonrisa. Ese día Annie iba a montar a caballo, Ellen y Daniel irían en canoa. Recuerdo a la perfección la ropa que llevaban. Vestí a Michael y a Joe. Les di un beso. Se metieron en el asiento de atrás del Pontiac. Me aparté. Pat bajó la ventanilla. Mientras quitaba el freno de mano, me miró y dijo:

—Lo he dicho en serio.

En ese momento mi orgullo no me permitió llamar a Ed; sospechaba que no lo vería con buenos ojos. Me fui a casa de una amiga. El martes, cuando lo llamé, Pat parecía agotado, pero razonable.

—Los niños se alteraron mucho, les dije que tu madre se había puesto mala otra vez y que te habías ido a cuidar de ella; que volverías el domingo. ¿Te parece si de momento lo dejamos así y volvemos a hablar el domingo?

El hecho de que me preguntase me desarmó, su agotamiento —extraño y demasiado humano para ser Pat— me tocó la fibra. Me pasé los siguientes días sopesando a los dos Pats: al asesino y al clemente. En realidad, no creía que nuestra separación pudiese ser fácil, pero si soplaba algo de viento a mi favor, estaba dispuesta a aprovecharlo. Sin embargo, jamás se me ocurrió dudar de sus buenas intenciones. El domingo, cuando lo llamé para sugerir la hora de mi regreso y una estrategia para contárselo a los niños, me salía que el teléfono estaba desconectado. Me metí corriendo en el coche y me planté en la casa. Estaba vacía y había un cartel de «SE VENDE» al final del camino de acceso. Cuando llamé al agente inmobiliario, me dijo:

—Una casa preciosa, con tres baños. Algo poco habitual en este tipo de viviendas antiguas. Totalmente reformada, con cocina rústica. Ya está vendida. Pero tengo otras que le puedo enseñar.

El lunes por la mañana, presa del pánico, cogí el coche y fui al campamento, pero no estaban. Ellen, Daniel, Annie, no los vi por ningún lado, ni montando a caballo ni nadando ni en las canoas ni con los niños haciendo colgantes con cordeles de plástico. Fui en busca de la directora e hice pública, por primera vez, la fisura de nuestra familia:

—¿Dónde están los Kinsella?

—¿No es usted la señora Kinsella?

—Eeh, sí.

—El doctor Kinsella nos informó a principios de semana que los niños estarían fuera el fin de semana.

Me miró y fue incapaz de disimular su confusión. En fin, no fue el último funcionario al que pregunté si sabía dónde estaban mis hijos, y aquellos grupos de niños inmersos en sus actividades fueron sólo los primeros que examiné en busca de rostros familiares a lo largo de los cuatro años siguientes. En el correo de la tarde llegó una nota de Pat diciendo que había aceptado un puesto en un hospital universitario, en otro sitio, y que adjuntaba un cheque por mil dólares. La

repcionista del laboratorio donde trabajaba Pat dijo que sí, que se había ido de vacaciones, y que luego se iba a coger una excedencia. Tras una pausa, su secretaria se puso al teléfono y dijo:

—¿Es usted, señora K.?

—Sí, Donna.

—¿Estaba usted al tanto de todo esto? Él me dijo que sí, pero yo no me quedé muy convencida.

Entonces me tocó a mí hacer una pausa.

—No, Donna.

—¿No sabe adónde ha ido ni nada?

—No.

—¡Dios mío! —exclamó y colgó.

¿Y qué pasó con Ed? Pues aquella semana no supo nada de mí, es cierto, y debió de ver el cartel de «SE VENDE» en el jardín de mi casa. Cuando lo llamé para vernos y hablar —le propuse almorzar juntos porque otro tipo de encuentro me daba miedo—, él aceptó, diría que con un alivio que rozaba el entusiasmo. Pero al día siguiente me llamó y dijo que no nos íbamos a ver más, ni siquiera para hablar. Yo admiraba esa férrea disciplina que le permitía centrarse en escribir una novela sobre Alaska por la mañana y un libro sobre la Casa Blanca por la tarde, así que, en cierto modo, también admiré el hecho de que mantuviese su palabra y no volviese a hablarme nunca más.

Parece ser que en los campos de concentración la gente que no terminaba de creerse lo que le había pasado tenía más posibilidades de morirse antes, una especie de muerte por incredulidad. En mi caso, es cierto que la incredulidad mermó mis procesos mentales hasta casi detenerlos; de hecho, aquellos primeros días me resultaron tan extraños que ni siquiera los reconocí como propios, y mucho menos pude hacer planes o idear tácticas. Podría haber pensado en mi tía, «allí en Norfolk, en el psiquiátrico», seguro que sus nuevas circunstancias le resultaron tan inalterables y fuera de su control como a mí las mías. Pero no pensé en ella. No tenía pensamientos, sólo un destello interno, cegador, como la imagen latente de una enorme explosión grabada en la retina. Yo me había ido en mi Corvair azul con una maleta llena de ropa. El resto de mis posesiones, de mi vida —hijos, perros, casa, muebles, figuritas, libros, cacerolas y sartenes— se desvaneció como el humo.

Un mes después o así me llegó un papelito al buzón. Estaba escrito a máquina y ponía: «12, Marlboro Crescent, Londres S.W., 11, Inglaterra». Yo no llevaba ni una semana en un trabajo que me había costado la misma vida encontrar, de mecanógrafa en una escuela de negocios de la universidad. Los mil dólares los empleé íntegramente en el abogado que contraté para buscar a mis hijos y traerlos de vuelta; Pat había cerrado nuestras cuentas bancarias en común. Mi sueldo —ochenta y nueve dólares a la semana— daba para el alquiler, la comida y las llamadas de larga distancia que hacía el abogado. Los niños podrían haber estado en el Polo Sur, cualquiera sabe. Necesité nueve meses y una avalancha de cartas para convencer a Pat de que me dejara visitarlos al menos. Supongo que debió enterarse a través de algún amigo que yo estaba hundida en la miseria, desolada, que Ed había dejado de hablarme, que no parecía que me hubiese echado otro novio, que había sido totalmente humillada.

Bueno, no fue así, no hubo humillación alguna: simplemente mi vida se redujo a ciertas circunstancias básicas. Una de ellas era el alivio por el fin de la vida marital, por el albor de la privacidad; otra era la firme voluntad de hacerme con un título profesional y un buen trabajo. La

tercera, la obtención de la custodia al menos parcial de, al menos, alguno de mis hijos. La nitidez de estos objetivos, sumada al hecho de que yo estaba muerta para el pasado me otorgó una ventaja sobre Pat, el cual se encontraba en un estado de sedición, furioso por la pérdida, empeinado en rehacer su vida con otra mujer. Era un adversario artero y poderoso, más listo que yo, como siempre. Fui tonta por contarle lo de Ed, tonta por irme sin los niños, tonta por contratar un abogado sin experiencia —no me podía permitir otra cosa—, tonta por subestimar la sed de venganza de Pat. En el juicio, su abogado consiguió que «su mudanza a Inglaterra» sonase responsable, fruto de una situación inestable e inmoral.

Más de una vez pensé que acabaría matándome. Un día, en el despacho de su abogado, se abalanzó sobre la mesa y vino a por mí. Su abogado, un fornido extremeño, tuvo que agarrarlo del abrigo y luego de los hombros, y finalmente consiguió pararle los pies. Yo me quedé allí sin pestañear, menuda, resistente, lista para morir. Por aquel entonces estaba dispuesta a todo, ferozmente alerta, como una marta de los pinos o un visón americano, uno de esos animales del norte, pequeños y crueles, imposibles de amansar. Para armarme de valor, me repetía a mí misma que una vez había conseguido pillarlo desprevenido.

Dejé de sorprenderme de lo que la gente era capaz, dejé de esperar una explicación por parte de Pat, o de Ed, dejé de esperar siquiera la oportunidad de tener un último turno de réplica, de llegar a un acuerdo final. Y el ímpetu de Pat fue perdiendo fuelle. Cada vez le venía mejor que los niños estuviesen conmigo. Joe —quejica, tímido y difícil de contentar en aquella época— vivía en mi casa la mayor parte del tiempo. Daniel atravesó una fase de rebeldía —malas notas, marihuana, conducción bajo los efectos del alcohol— y me lo mandó de un día para otro. Y Annie pasaba conmigo todas sus etapas hurañas. En el caso de Ellen, Pat se enrocó un tiempo. Hasta que la niña se volvió del todo inaguantable y me la endosó. Michael era el premio, el chico favorito de Pat. Me pasé años prácticamente sin verlo, pero entonces, el accidente y la nueva y creciente familia de Pat propiciaron una situación inesperada. El hecho de separar a gemelos idénticos era algo positivo para él, defendía su postura con datos estadísticos, resultados de estudios y teorías sobre el desarrollo cerebral. Su intención, dijo, era soslayar la desventaja que tenían por el hecho de ser gemelos; además, era Joe —medio kilo más pequeño al nacer, el eterno subordinado y dependiente— el que sacaría más partido, le serviría para llevar las riendas de su propia vida. Hizo oídos sordos a mis argumentos de que Joe necesitaba a Michael, lo echaba de menos, estaba loco por verlo.

Me conformé con lo que conseguí, pues sabía que, según el acuerdo de custodia, la elección era suya. Tatty tuvo bebés. Yo empecé a salir con Simon Elliott. Uno tras otro, los niños fueron a la universidad, se licenciaron, encontraron trabajo, parejas, incluso tuvieron hijos, y todos alcanzamos un punto en el que las convulsiones del pasado se volvieron irreconocibles, incluso para nosotros mismos. E irreconocibles, también, mi pasión por Ed Stackhouse, las sensaciones que en mí despertaron su austera casita y sus relatos de viajes. Sobre la mesa de su cocina había un mapa del mundo cubierto de tachuelas que marcaban los lugares que había visitado. Ahora que casi no recuerdo su rostro, ni cómo era su cama, estoy segura de que en realidad no lo quería a él, lo que yo quería era ser él.

Es casi medianoche cuando bajo para encender la luz del pasillo. Abajo todo está a oscuras; Joe, que es muy ahorrador, ha debido de apagar todas las luces antes de irse, y no me molestó en encenderlas cuando entro al comedor y a la cocina para abrir varias ventanas a la brisa nocturna.

Veo una figura oscura dormitando en un extremo del sofá, pero antes de experimentar ningún miedo, me doy cuenta de que es Ellen. Tiene la cabeza echada hacia atrás, el cuello expuesto, y ronca suavemente. Todas las ventanas de la habitación están abiertas, el viento alza las portadas de las revistas, los papeles que tenía en el escritorio han planeado hasta la moqueta. Estoy bastante molesta y barajo la posibilidad de tocarle el cuello desnudo y darle un susto, pero Ellen es demasiado rápida para mí.

—¿Qué hora es? —dice mientras se incorpora y se despereza.

—No sabía que estabas aquí.

—Todas las luces estaban apagadas. Creía que te habías ido con Joe y Michael. Cuando llegué pegué una voz por si estabas. ¿Qué hacías arriba? —Su tono se vuelve desafiante de inmediato.

—Coser. Leer. Escuchar música.

—El equipo de música de abajo es mejor. Tienes una casa enorme entera para...

—Lo que significa que, si me apetece, puedo quedarme en mi habitación.

—Las puertas estaban abiertas. Cualquiera podría...

—¿La puerta principal no tenía la llave echada? ¿Y la otra? Le dije a Joe que...

—Bueno...

—¿Bueno?

—Bueno, en realidad he entrado por la puerta de atrás, por las otras dos no se podía. ¿No has escuchado a los perros de los Malone? Se han puesto a ladrar como locos.

—No, y tampoco he oído el timbre.

Obvia lo que acabo de decir, se acerca a la lámpara que tiene detrás. Su luz revela que, aunque no se ha despeinado, tiene la cara un poco hinchada. Lleva un suéter, está descalza.

—¿Quieres helado? —dice, y se va a la cocina.

Está claro que algo se cuece, pero no voy a ser yo quien le pregunte. La aparición inesperada de Ellen no tiene nada de extraordinario, ni siquiera a esta hora de la noche, así que no pienso hacer mención al resto de señales. De camino a la cocina, enciende cada interruptor que se encuentra a su paso, una costumbre que ha tenido siempre, similar —imagino— a mi sensación de que muchos espacios baldíos nos invitan a que hagamos uso de ellos. A Ellen le gusta que hasta el rincón más remoto esté a su disposición.

Viene con el bote de helado de frutas del bosque y dos cucharas hincadas encima y dice con la boca llena:

—Mmm. Qué rico, mamá. Supongo que lo has hecho para el picnic. —No va a parar aquí. La conozco—. Seguro que estuvo bien, ¿verdad?

—Como siempre. Es un sitio agradable.

—Una pena que el gran acontecimiento tuviera que celebrarse en *petit comité*.

Me humedezco los labios para encubrir un atisbo de sonrisa, luego digo:

—No creo que Michael esté todavía para ver a mucha gente.

—¿Por qué todo el mundo actúa como si se estuviera recuperando de una larga enfermedad? Simplemente ha estado de viaje. En fin, ¿y entre ellos dos, qué tal?

—Bien, creo. Han salido con Kevin y Barbara.

—¿El senador y su mujer?

—Los mismos.

—¿Sientes que te han dejado de lado, no? —Atrapa mi mirada sobre el borde del bote de helado y la mantiene. Inclino la cabeza como diciendo «vamos a dejarlo aquí». Sonríe contenta y se sienta, pone el pie en el filo de la mesita. En un tono más distendido que punzante, sigue diciendo—: Jennifer se va a quedar a dormir.

—Al final has dado tu brazo a torcer.

—Qué niña más cuadrículada, de verdad. Diane se quedaba embobada mirándola mientras ella no paraba de hacer preguntas. «¿A qué hora os vais a la cama en vuestra casa, Ellen?». «¿Te refieres a la hora de ir arriba, de apagar las luces o de dormir?». «¿Y puedo levantarme e ir al baño si quiero?». «¿Y si me entra sed, puedo beber algo o tengo que llamarte antes?». «¿Habéis puesto un vaso para mí en el baño?». «¿Dónde está?».

Me río por lo bajini.

—Cuando la estaba arrojando en la cama, la miré y pensé: «Seguro que Joe diría que éste es un momento puro y genuino», así que le dije: «¿Quieres que te dé un beso de buenas noches, Jennifer?». Y ella me respondió: «¿Quieres decir en los labios o en la cara?». Diane se ha enamorado.

Pongo los pies encima de la mesita y tomo una cucharada de helado. Vale. Muy bien. Tengo suerte de que siempre quede este desahogo al que acudir, este encuentro fortuito madre-hija en el sofá, esta expectativa de una conversación que se desliza como seda entre las manos. Admito que la insolencia de Ellen me divierte a veces y me molesta otras, pero eso es justamente lo que ella busca, este extraño desahogo entre madre e hija. Tal vez no lo tendríamos si nuestro pasado hubiese sido más convencional. De niña, era combativa y testaruda, con un deseo casi autodestructivo por tener la última palabra. Después de que Pat trajese a los niños de Inglaterra, Ellen se embarcó en una serie de cruzadas míticas contra su tiranía. A su vez, Pat estaba luchando conmigo en los tribunales para obtener la custodia exclusiva de los niños y en dos ocasiones se los llevó en secreto para evitar que yo tuviese contacto con ellos. Ellen insistió tanto y le plantó cara con tal fiereza que consiguió tener acceso a mí con casi total libertad. Y luego, cuando Pat se mudó a Chicago, un año antes del accidente, ella se vino a vivir conmigo y con Joe. Yo era su botín de guerra, y como tal me apreciaba. Debo admitir que yo me sentía igual hacia ella. Ellen se recreó en la convicción añadida de que había sido su guerra y su victoria. Yo estaba agradecida por mi buena suerte. Sus años conmigo fueron una maravilla —sin peleas, sin resentimiento adolescente—, pero desde entonces pienso que se entrenó para un tipo de vida diferente del que ha elegido, y nunca ha sabido bien cómo convertir sus espadas en arados. Aunque tampoco estoy segura. ¿Que cómo era de niña? Recuerdo que con cuatro años decía que ella no dormía nunca. Cuando lo puse en duda, se pasó un mes llamándome por la noche, de madrugada, para decirme la hora que era y dejarme claro que estaba totalmente despierta.

Trato de aceptar el misterio de mis hijos, las inexplicables formas en que se alejan de las expectativas paternas, de cómo, por mucho que los conozca o los recuerde, algo en ellos no termina de encajar del todo.

Domingo por la mañana, ya estoy vestida y rebuscando en la despensa mientras las ventanas que dan al este empiezan a llenarse de luz; parece que vamos a tener otra mañana agradable seguida de otra tarde calurosa. Sobre el césped crecido se extiende una capa gris de humedad. Decido salir y coger varias caléndulas para la mesa de la cocina; mis zapatillas deportivas dejan oscuras huellas en el rocío. Los Malone cortaron ayer el césped de su jardín, como todos los

sábados; de hecho, aún flota en el aire el aroma dulzón de la hierba, y las caléndulas, cuando me agacho a cortarlas, despiden un olor intenso, dulce, acre, que la gente odia pero que a mí me encanta. En Nebraska, el huerto que tenía mi madre en la granja era, por supuesto, un señor huerto: hileras de repollos, tomates, patatas, coles de Bruselas y nabos separadas por gruesas franjas de caléndulas naranjas y marrones o por capuchinas de vivos colores. Comprimo las acolchadas flores contra mi rostro. A mis espaldas —no necesito darme la vuelta para saberlo— está mi casa bostezando de sueño.

Bueno, lo cierto es que llevo ya treinta años siendo madre, el doble de lo que he sido niña, y en estos últimos treinta años he hecho acopio de tantos hábitos y predilecciones como durante mi niñez. Los cuerpos que hay en la casa, cuya presencia me reconforta, son los de mis hijos, no el cuerpo de mi madre ni el de mi padre. Lo que me reconforta ya no es mi propia seguridad, sino la de mis hijos.

A lo largo de los últimos veinte años he aprendido a aceptar sólo lo que es posible y a no lamentarme por lo demás. No suelo pensar, como hice anoche, en esos chicuelos de cinco años y medio subiéndose confiados al asiento trasero del Pontiac azul. Michael —con sus bermudas azules y su camiseta blanca, con una hormigonera metálica de juguete y una costra con forma de medialuna en la rodilla— y Joe —con sus pantalones caqui y una camiseta de rayas verdes, una libreta y un lapicito sobresaliéndole del bolsillo—. Incluso cuando dirijo mi atención a Pat, oigo a Michael decir «17 más 27», y a Joe responder al instante: «44». Joe mira a Michael y sonríe, Michael me mira a mí, vigilante, sabe que me pasa algo. Pero ese mundo denso y circundante todavía sigue en pie. Sus cuerpos se mueven con la seguridad de saber que el asiento de atrás les pertenece, el Pontiac les pertenece, la casa, el jardín, mamá, papá, todo les pertenece. Tras la agitación inicial, se calman y se preparan para el nuevo día y, sin mirar atrás, el coche los lleva hacia un futuro desconocido.

Miro en dirección a la casa. Largos rayos de luz iluminan el revestimiento amarillo, los castaños proyectan negras sombras sobre el porche; la puerta mosquitera tiembla suavemente sobre sus bisagras; las ardillas saltan del tejado a la rama de un árbol y bajan raudas al suelo. El rocío se evapora a medida que sale el sol. Ahora mismo están a salvo, aquí, en mi casa, cuidando de mí, eso es lo que ellos creen. ¿No habría que poner esta imagen junto a la otra, la imagen de la supervivencia junto a la de la traición? ¿Acaso no se anulan mutuamente? Esta plácida mañana, esta belleza corriente, me anima a pensar que sí.

Deben de ser sobre las ocho y media cuando Joe baja, vestido, Bertrand Russel en mano. Como siempre, se va directo a la cafetera, se prepara una taza de café, se bebe la mitad del tirón y chasquea los labios.

—Hola, mamá —dice afectuosamente.

—Hola, cariño.

—No volvimos muy tarde, mamá.

—¿Os lo pasasteis bien?

—Sí, bueno. Sí, sí, estuvo bien. —Remueve el café y apoya la cabeza en una mano. Ay, Joe y sus cambios de humor. Apostilla—: No creo que Michael se lo pasara muy bien, la verdad. Me siento responsable.

—¿Por qué?

—Bueno, lo de salir fue idea mía. Por pasar el rato, nada del otro mundo.

Coge la caja de cereales y se echa unos cuantos en el tazón. Pongo la leche en la mesa y luego

sigo echando masa de tarta en el molde.

—Verás —sigue diciendo Joe—, es como si tuviese tuberculosis o algo. Tendrías que haberlo oído en el baño. Vaya tos, y esa forma de aclararse la garganta; no he visto nada igual en mi vida. Me asomé un poco a ver qué le pasaba. Y juraría que lo vi inhalar agua por la nariz y escupirla por la boca en el lavabo. Mamá, yo no sé si ése es mi hermano, en serio.

—Sí, parece que está tosiendo mucho.

—Anoche, durante la pausa que hizo el pianista, Barbara empezó a contarnos que está llevando a su perro a un entrenador canino, y Kevin y yo nos estábamos partiendo, ya sabes que Barbara tiene mucha gracia contando las cosas, le saca punta a todo, te monta un circo de cualquier tontería. Total, que Kevin y yo nos estábamos muriendo de la risa, y entonces miré a Michael y vi que estaba sonriendo; bueno, sonriendo..., en su cara había una sonrisa, pero él no estaba allí. Y mientras lo observaba, vi que se fue más lejos todavía, como si no pudiera soportarnos o yo qué sé. Y entonces me vino un pensamiento: «¿Entrenadores caninos? ¡Hay niños muriéndose de hambre!». Y todo ese rollo.

—Debe de estar muy cansado.

—Tienes razón. Lo siento.

Se levanta y se sirve otra taza de café. Varios minutos después, Michael aparece con vaqueros y una camisa, descalzo.

—Hola, mamá —dice amablemente.

—¿Qué tal has dormido? —pregunto.

—Bastante bien, pero ocho horitas nada más.

Michael pone un objeto circular rosa bastante grande encima de la mesa, junto a su plato. A Joe también le llama la atención. Intercambiamos una mirada. Michael se llena un vaso de agua, se sienta y se mete el objeto rosa en la boca. Con un poco de agua y un visible esfuerzo, se lo traga.

—Madre de Dios, ¿qué es eso? —pregunta Joe.

Meto la tarta en el horno.

—Cloroquina. Quinina. Para la malaria, vaya.

—¿Tienes malaria?

—Es posible. Tengo que tomarme esta pastilla todos los domingos sin falta. «En vez de ir a misa», como me decía el médico indio.

—¿Y qué estás tomando para la tuberculosis?

—¿Tuberculosis?

—No has parado de toser y de aclararte la garganta en el baño.

—¿Eh? ¿Qué? Ah, vale. Eso lo hago por costumbre. En la India hay mucho polvo y la garganta se vuelve hipersensible a la flema. Según dicen, se va solo. Pero, oye, Joe, que no tienes que preocuparte por mí, ¿vale?

—Vale, no volveré a sacar el tema entonces.

—La que se tiene que preocupar por mí es mamá. Me lo debe, por todas las cartas que no me ha escrito. Mierda, el *jet lag* me tiene molido.

—Anoche tendrías que haberme dicho que no querías salir.

—¿Por qué?

—Me dio la impresión de que no te lo pasaste muy bien.

—Bueno, no me lo pasé *muy* bien, digamos que me lo pasé bien a secas. Pero me alegro de haber salido. A Barbara y Kevin parece que les va genial juntos.

—Fue una boda muy bonita —apunto.

—Eso es lo que me habría gustado a mí —dice Michael—, conocer a mi futura esposa en séptimo, a los doce años. O, no sé, haberme enamorado de alguna chica en séptimo curso y luego ver cómo se va volviendo guapa (y más baja que yo), y lista, y divertida. Así no tendrías que enamorarte más. En la India no hay que enamorarse nunca. —Dos tazones de cereales, un huevo duro, dos tostadas, un vaso de zumo de naranja. Se apoya en la mesa, se levanta y se aleja—. Voy a echarle un vistazo a ese cortacésped.

Joe lo sigue al jardín.

Supongo que sigue siendo mi privilegio hurgar en sus cuartos en busca de ropa sucia, pero debo decir que me detengo un instante antes de ponerme a ello. Joe ha dejado varias camisas y ropa interior junto a la puerta de su dormitorio, no tengo más que cogerlo todo y listo, pero cuando entro en el cuarto de Michael, no sé ni por dónde empezar. Ha vaciado en la moqueta todo el equipaje que ha traído —una mochila y un bolso de viaje—, formando una hilera de objetos desconocidos y vaporosas prendas arrugadas. Hay una montoncito de puros diminutos, eso es lo que parecen, cada uno atado con un hilo rojo. Varios pares de sandalias, coloridos dibujos sobre lienzos apergaminados, algunos libros, un montón de aerogramas azules. Los que están a la vista tienen la letra de Joe. Me acerco a la ventana y la abro con intención de preguntar qué ropa es para lavar y los veo en el camino de acceso, frente al garaje, en cuclillas junto al cortacésped. Tras ellos, las herramientas ordenadas en fila. Mientras los observo, Joe extrae el motor y se giran. Lo pone sobre un papel de periódico y se quedan mirándolo un buen rato. Finalmente, Michael señala algo; un momento después, Joe elige una herramienta y se pone manos a la obra. Lo que sigue es fascinante: el modo en que se compenetran, su forma de asentir e intercambiar miradas, cómo se van pasando las herramientas, sus risas. Me doy la vuelta, paso por encima de todos los trapos y salgo del cuarto de Michael.

Simon Elliott también era así, muy manitas. De hecho, esta casa está llena de trabajos suyos: el cableado, la chimenea, los suelos, la ducha de arriba, las estanterías de obra del comedor. Y si lo llego a dejar, habría puesto también revestimientos de madera en el sótano, azulejos alrededor de la chimenea y un baño en la parte de abajo. Su propia casa era la típica que sale en revistas de decoración, el proyecto de alguien que compra una vivienda sin suelos, sin paredes, sin barandillas, un agujero en el baño, una pila de lavar en la cocina, y ya. Supongo que en aquella casa él se sentía completamente feliz porque todo a su alrededor era creación suya. Pero tampoco es que se desviviese por ella. Le llevó un año poner el suelo entre el sótano y la primera planta. Era un hombre paciente. No creo que a mis hijos les terminara de gustar. Supongo que, para ellos, Simon era un sosaina en comparación con su padre. No era muy hablador y tampoco sonreía mucho, aunque, cuando lo hacía, su sonrisa era tan radiante que me desarmaba por completo. No leía mucho, no divagaba sobre la naturaleza de nada, ni del cerebro, ni de la vida, ni del mundo. También tenía sus cambios de humor. Simon habría sido el marido perfecto a ojos de mis padres y tíos —con un buen trabajo, inteligencia práctica— y a ojos de mi madre y de mis tías —no se metía en nada, dejaba a la mujer bastante a su aire—. En fin, podría haberme casado con él, pero él nunca se creyó merecedor de pedírmelo. Y yo dejé que el momento pasara.

A las once y media, justo cuando me dispongo a leer el editorial del diario dominical —no sin cierto temor ante el ruido desinformativo y las posturas radicales que seguramente encontraré en

torno al Centro de Apoyo de Armamento Naval—, Joe llega y dice:

—¡Hey, adivina qué pieza ha sobrado esta vez! —Saca el puño cerrado.

—¿Cuál?

Abre el puño.

—Ninguna. Y tampoco hemos perdido nada. Ven, ven al porche.

El calor empieza a apretar y mis deportivas se pegan un poco al asfalto de la entrada. Michael está echando gasolina al depósito del cortacésped. Da un paso atrás, pone la lata en el suelo, le da la cuerda de arranque a Joe y dice:

—Después de ti, Oliver.

—Eres mi invitado, Stanley.

—Las personas mayores primero, Ollie.

—¡Stanley!

—¿Sí, Ollie?

—¡Tira de la cuerda ya, cojones!

Nos reímos. Michael tira de la cuerda. Un súbito rugido sale del cortacésped, Michael señala hacia el asa y grita:

—¡Después de ti, Oliver!

Durante el almuerzo siguen bromeando, pero ahora, en vez del Gordo y el Flaco, son el Llanero Solitario (Michael) y Tonto (Joe). Recuerdo este diálogo en particular porque lo hicieron hace años. Se van intercambiando los papeles y, de vez en cuando, uno de los dos también hace de Plata, el caballo. Cuando tenían catorce años —y los dos vivían conmigo— se pasaron dos semanas enteras así: Michael haciendo de Tonto y Joe de Plata, intentando dilucidar si el Llanero Solitario era fundamentalmente racista o «human-ista». Pongo los cuencos de sopa delante de ellos y Michael dice con voz profunda y tono pomposo:

—La sopa está estupenda, señora. Cuando nos quedamos atrapados en aquel cañón, de camino a Cheyenne, no nos quedó otra que comernos los zapatos.

—Zapato gustar a hombre rojo.

—Aunque Tonto ha cogido varias lagartijas para nuestra degustación.

Joe me hace una mueca tapándose con la mano para que no lo vea Michael.

—Lagartija gustar a hombre blanco. Hombre rojo no gustar cosquillas en estómago.

—¿Qué significa eso, fiel camarada?

—Significa «que te den», *kemo sabe*.

Se me pasa por la cabeza que reparando un par de cosas más, y con otras cuantas charlas sobre tebeos, deportes y música, Michael y Joe podrían restablecer su vínculo de forma pacífica.

Joe se levanta a por otra taza de café y luego rebusca en la nevera. En este intermedio, Michael suelta el tenedor en la mesa, se frota la cara y bosteza. Es fácil olvidar la convalecencia que tiene por delante. Ya me he acostumbrado a su aspecto y a los nuevos hábitos —inclinarse la cabeza de lado a lado cuando quiere decir «sí», encorvarse al hablar porque ha pasado mucho tiempo rodeado de gente bajita— que colonizan sus modales de vez en cuando y me recuerdan, aunque no termine de asimilarlo, que tengo que cambiar mis expectativas de él. Diría que Joe ni siquiera se ha dado cuenta porque Michael se asegura de ser como era antes cuando su gemelo está presente. O quizá sea porque la presencia de Joe hace que emerja su antiguo yo. En cualquier caso, Michael vuelve a mostrarse alegre e irónico cuando Joe regresa a su asiento.

—Hey, mamá —dice Joe—. ¿A que no sabes qué?

—¿Qué?

—Kevin tiene un trabajo nuevo. Ahora trabaja para el Partido Republicano, como auxiliar administrativo del Comité Central del Estado. ¿Te lo puedes creer?

—Pensaba que tenía un trabajo temporal como investigador en la biblioteca legislativa.

—Lo *tenía*. Lo consiguió a través de Manpower. Pero eso fue hace un año. Ahora ha escalado puestos.

—Qué bien, ¿no? —digo.

—Bueno —dice Joe—. Yo no lo veo tan *bien*. A mí me parece raro. Y lleva cuatro meses trabajando allí y no se ha atrevido a contármelo hasta ahora. Yo creo que es vil y corrupto.

Michael mueve la cabeza y mira a Joe.

—Bueno... —empiezo a decir.

—Mira, Kevin fue el que hizo la pintada de «HEMOS GANADO, EE. UU. FUERA DE VIETNAM, 23 DE ABRIL» en el gimnasio del instituto. Estaba en primero de secundaria.

—¿No me digas que fue Kevin?

—Ahora eres la única persona que lo sabe, aparte de nosotros, claro.

Abro la boca.

—Nosotros no lo ayudamos —dice Michael.

—Pero sí destruimos las latas de pintura. Dios, ¿te acuerdas? En todas las latas ponía: «No perforar ni incinerar». Yo creía que nos iban a explotar en la mano o algo. Nos pusimos guantes para no dejar huellas. Kevin quería que lo llamáramos el Senador, decía que era subversivo. Pero ahora creo que iba en serio. El Partido Republicano, madre mía.

—Yo lo admiro por salir ahí fuera y actuar en vez de ponerse a teorizar que si esto que si aquello, ¿sabes lo que te digo, no? Los izquierdistas de la vieja escuela siempre terminan estudiando Ciencias Políticas o algo así. Pero en el caso de Kevin, creo que va a aprender cosas interesantes de verdad —dice Michael.

—Pues yo creo que no va a aprender nada de nada —dice Joe, su voz se tensa—. Menos que nada, porque va a aprender cosas erróneas creyendo que son correctas.

—¿Qué pasa, que se va a contaminar por codearse con unos cuantos republicanos? —dice Michael tranquilo pero con suspicacia.

—Ser asistente en reuniones secretas es más que codearse con ellos. Es recibir un sueldo de ¿cuánto?, ¿quince mil?, ¿dieciocho mil? Dinero manchado de sangre.

—¿No eran los demócratas los que tenían reuniones secretas? —pregunto.

—Y una mierda. —El tono de Michael se vuelve severo de repente.

Joe se queda helado. Se sienta otra vez en la silla, su respiración se acelera un poco, mira a Michael. Michael se aparta el pelo de la frente.

—¿Sabes lo que es dinero manchado de sangre? En la India vi lo que es eso. Es cuando arrestan a un tío por acaparar alimentos en una ciudad donde la gente muere de inanición, pero el colega coge y paga un pequeño soborno y se queda con lo que tenía y con más, y mientras tanto, la gente sigue muriéndose de hambre. Es cuando a la policía le dan dinero bajo cuerda para que mire a otro lado cuando cierta gente se pone a quemar casas de sijes porque quieren darles una lección. No creo que por trabajar para el Partido Republicano haya que demonizar a Kevin de esa manera.

—Vale, pero ahora dime, dentro de veinte años, ¿qué diferencia va a haber entre Kevin y los

fulanos esos de Union Carbide, los que salieron en los medios disculpándose y poniendo excusas por el desastre de Bhopal? Seguro que lo has visto.

—¿A qué viene todo esto? No veo la relación de una cosa con la otra. No es más que un trabajo cutre en el Gobierno estatal, ya está. Sinceramente, no creo que haya mucha lógica en lo que estás diciendo. —Michael inclina la silla hacia atrás. No pierde la calma en ningún momento.

Joe, en cambio, sí:

—Lo que yo digo siempre tiene lógica. Eres tú el que no ve la relación, pero está ahí. ¿Te piensas que esos fulanos mienten intencionadamente? Pues claro que no. Si no, no serían tan efectivos. Ellos creen de verdad en lo que dicen, en las buenas intenciones de la empresa, y en la profunda consternación del director general por la tragedia. La empresa los hace así, los recluta y los entrena para ello.

—El director general seguramente esté consternado.

—Lo que está es cagado de miedo porque el seguro le va a costar un ojo de la cara a partir de ahora.

—¿Se puede saber de qué estamos hablando?

Joe está sudando. Michael también, un poco.

—La universidad no tiene nada de malo —dice Joe.

Michael se encoge de hombros. Se quedan sentados en silencio, sin mirarse. Finalmente, Joe se levanta de un salto.

—Voy a cortar el césped de la parte de atrás —dice y se va corriendo.

Al momento le digo a Michael:

—¿Quieres algo más?

—No. Sí. Un vaso de agua. Ya voy yo. —Pero sigue sentado, inclina la silla hacia delante. Dice—: En serio, mamá. Hasta el final no me he dado cuenta de que estábamos discutiendo. No me lo esperaba, no lo he visto venir. Joe estaba enfadado, ¿verdad?

—Casi desde el principio, diría yo.

—Mamá, hace dos años que no me enfado. Ya no sabía ni lo que era, ni qué se sentía, si acaso cuando veía a indios peleándose por la calle y dando voces. Me había olvidado de lo mucho que se enfada Joe. Es como que de pronto lo he visto llevando un lastre enorme, muy muy pesado, y su intención era echármelo encima.

No digo nada. Se echa un vaso de agua, se aclara la garganta, tose, estornuda, suspira, pone el vaso sobre la encimera; después, la cabeza.

—Mamá, sería capaz de pasarme seis días enteros durmiendo —dice.

—Pues échate una siesta.

—Vale —responde y se va dando tumbos, como si le hubiesen drenado la fuerza de su cuerpo.

Empiezo a ponerle el glaseado a la tarta, verde, porque no hay cosa que le guste más a Diane que una tarta de chocolate con glaseado verde. Mientras meto la tarta en la nevera, el ruido del cortacésped muere y un segundo después, Joe abre de un golpe la puerta mosquitera. Pienso en lo que podría decirle: tengo que ir al baño, a la tienda, al K-mart, a la casa del vecino, adonde sea, ahora, ya. Y escaparme así de las confidencias venideras. Es una necesidad física, como una contracción, provocada no por Joe, sino por aquello en lo que me convertiré durante los próximos quince minutos: una persona tranquilizadora, objetiva, alentadora, desprendida en cierta manera. Es una forma de ser que he tenido con Joe más que con ningún otro. Cada uno de ellos ha acudido

a mí con diferentes peticiones. La de Ellen siempre ha sido: «¿Qué es verdad?», y yo, de la mejor forma que he sabido, siempre me he sentido aliviada de sacarla de dudas. Ante la petición de Daniel —«¿Pasa algo si hago esto?»—, yo siempre he sido capaz de decirle que sí o que no. Y él siempre ha respondido que iba a hacerlo de todas formas. Con respecto a Annie, cada mirada y cada gesto suyos parecía decir: «¿Me ves ya?». Siempre intentaba llamar la atención, refunfuñando o haciendo alguna gracietta. La petición de Michael era la más sencilla, dirigida exclusivamente a mí: «¿Me quieres más a mí?», y mi respuesta, dirigida exclusivamente a él, siempre ha sido: «No puedo». Todos sabemos a qué atenernos.

Pero Joe, la pregunta de Joe se desborda por todos lados y no es posible responderla: «¿Estoy bien, verdad? Dime que estoy bien, sólo necesito saber eso». Está bien. Es listo y amable y guapo. Le va bien, forma parte del prestigioso programa de una buena universidad. No tiene problemas para ligar, podría echarse novia si quisiera. «Estás bien», le digo. «¿Qué vas a decir? Eres mi madre», responde él, o «si eres mi novia, mi principal consejero, mi amigo», imagino que le dice a quien sea que le pregunte. Nada puede convencerlo de que está bien. ¿Acaso no le presté suficiente atención cuando era pequeño? Recuerdo elogiarlo, abrazarlo, estar pendiente de él, deleitarme en él. ¿O es que eran demasiados hermanos? Pat y yo creíamos que les estábamos haciendo un favor al rodearlos de otras personitas —aparte de nosotros— de las que aprender y a las que poder acercarse. Pat tenía seis hermanos y siempre hablaba con fruición de aquella algarabía familiar, del goce que obtenía cuando su madre lo llamaba «¡Tim-Jackie-Joe-Jimmy-Patrick!», como si él atesorase todas las cualidades que adoraba de sus hermanos mayores. Y yo, cada vez que mis tíos hablaban de cuando eran niños, de sus aventuras en las granjas, siempre pensaba que su infancia había sido mucho más divertida que la que yo estaba viviendo. Las excusas de siempre. Pero cinco niños en cinco años son muchos niños. Hoy en día nadie lo aprobaría. Pero ahí estábamos nosotros, en 1963, Ellen empujando un carrito de la compra con un gemelo dentro, yo empujando un segundo carrito con el otro gemelo, y Daniel y Annie, a remolque. Todo el mundo nos sonreía. Y al pasar por caja, cincuenta dólares —con lo que eran cincuenta dólares en 1963— al contado. Una cifra de la que estar orgullosa.

—No queda nada. Ya no pensamos igual. Ahora estoy solo —dice Joe.

—Solo no parece que te vaya mal, cariño.

—Pero antes pensábamos igual. Teníamos los mismos pensamientos. Siempre lo decíamos. ¿Sabes el personaje ese de Barrio Sésamo, el ruso de dos cabezas que siempre estaba peleándose consigo mismo?

—Joe...

—Éramos nosotros. Nos partíamos de risa con él, nos poníamos a correr por el salón, gritando, imitando el acento ruso.

—Joe, ahora sois adultos. ¿Quieres ser como esos gemelos que se visten igual y se pasan la vida pegados el uno al otro? ¡Yo sé que no!

—Eres tú la que no quiere. Es papá el que no quiere. Es Michael el que no quiere. ¡Pero yo sí!

—Cariño...

—Ya, sé que es horrible. ¡Se supone que soy un hombre! ¿Cómo puedo decir algo así? Me odio por el simple hecho de decirlo. Ojalá fuéramos niñas, no sé. Conozco a varias niñas gemelas. Ellas no tienen este problema. Tener identidades separadas es sólo una opción en su caso. Con nosotros es la única opción.

—Pero eso no es bueno para nadie...

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo puede saber nadie si equis personas no son uno? Mamá...

—¿Cómo?

—Bueno, tampoco es nada del otro mundo, ¿no?

—Mira, no sé si será algo de este mundo o del otro. Pero, para empezar, dudo que Michael pueda ser él mismo en este momento, y creo que lo estás presionando mucho...

—Es verdad. —Como siempre, se achanta enseguida ante la menor crítica—. Cuando Louise me dejó, no te imaginas cuánto eché de menos a Michael. Pensé: «No puedo tener a Louise, pero a él lo tendré siempre». Me cago en todo. ¿Por qué tendré que ser así? Tienes razón. Los hombres deben estar solos.

—Estar solo tiene sus ventajas.

—Sí, ya sé que tú piensas eso. ¿Te acuerdas de aquella vez que te seguí al baño, yo tendría unos cuatro años, y tú dijiste: «Joe, me gusta estar sola, ¿no lo entiendes?», y yo dije: «No»? Pues no lo entendí entonces y sigo sin entenderlo.

—Escúchame —le digo—. Michael está dormido y hasta las seis no tenemos que irnos a casa de Ellen. ¿Te acuerdas cuando fuimos a la exposición esa del centro que nos quedamos con ganas de verla otra día con más tiempo? Éste es el último fin de semana que está. Vamos a verla, anda. Y con eso salimos de casa un rato.

—No, mamá. Ésa no es la cuestión. Mira, déjalo —dice y se va antes de que me dé tiempo a rebatirle nada.

Cuando aparcamos junto a la casa de Ellen, Jerry está montado en una bici, en la calle, haciendo ochos sin manos. Diane y Tracy están observándolo. Es bueno. A veces hace que la bici se tambalee un poco; lo hace aposta, como si fuese a caerse, y las niñas se ponen a gritar. En cuanto nos ven, se acercan corriendo a nosotros y le doy a Diane la tarta. Veo cómo saca la lengua y chupa el glaseado. Ve cómo la veo. Sonreímos. Ellen sale por la puerta principal con una jarra de agua en la mano.

—¡Hombre, habéis llegado ya! —dice.

Pone la jarra de agua junto a las macetas de geranios del porche y viene a darnos un beso. Dirige la mirada a Jerry y la aparta enseguida.

Tras una tarde de silencio, Joe, Michael y yo hemos estado hablando en el coche de una forma educada. Con cautela. Los ojos de Tracy se posan alternativamente en su madre y en su padre. Jerry detiene la bici y pone los pies en la acera, y Ellen —sin llegar a mirarlo— le dice:

—Cenamos a las seis y media, ¿vale?

—Vale —dice Jerry.

—Entra, mamá. —Para nosotros tiene una sonrisa—. He preparado sangría, pero Diane me ha pedido que ofrezca también Kool-Aid, así que si queréis, hay Kool-Aid de lima.

Nos paramos en el salón, buscamos sitios donde sentarnos, pero Ellen nos llama desde la cocina:

—Venid aquí que pueda veros.

—Kool-Aid para mí —dice Joe.

Ellen me sirve un vaso de sangría, después se detiene delante de Michael y se lleva las manos a los labios.

—¿Tienes cerveza? —pregunta Michael.

—Budweiser.

—Venga.

Diane entra por la puerta de atrás con la tarta. No parece que esté mal, pero me pregunto qué habrá estado haciendo con ella los últimos cinco minutos.

—Cariño, mejor la ponemos en la nevera para que el glaseado no se le vaya —le digo.

—¿Puede venir Jennifer después de cenar para probar la tarta?

—Jennifer se ha pasado treinta y seis horas aquí, cariño. Lo mismo deberíamos dejar que descanse un poquito.

—Ella no quiere descansar.

—Pero igual yo sí.

—¡Anda, mamá! —Diane empieza a lloriquear.

Ellen pone cara de hastío y dice:

—Bueno, está bien. Pero vete ya, ¿vale? Jennifer puede volver a las siete y media.

—A las siete.

—A las siete y cuarto. Que nos dé tiempo a cenar aunque sea, por Dios bendito.

Diane se va corriendo.

—Esa niña es de las tuyas, Joe —dice Ellen.

—¿Cuál es su especialidad?

—Yo diría que todo en general y nada en concreto. Esta mañana, desayunando, memorizó dónde estaba sentado todo el mundo y luego, en el almuerzo, nos estuvo preguntando uno a uno por qué nos habíamos cambiado de silla; después quiso saber dónde habíamos comprado las sillas y por qué no eran iguales. —Se ríe y, un momento después, se pone seria—: No debería burlarme de ella, pero es que es tan tentador...

—Bah —dice Joe—, les viene bien. Así se van dando cuenta de que no son tan diferentes de los demás.

A Ellen le encanta caricaturizar a todo el mundo. Si alguien es muy aburrido y nunca ha hecho absolutamente nada que merezca la pena destacar, ella igual se inventa algo como: «¿No te intriga Ray Bradley, mamá? Qué hombre más inexpresivo. El típico que se engancha a cualquier droga y acaba inyectándose en el ojo porque tiene todas las venas del cuerpo destrozadas». O cuando percibe cierta envidia en Joe cuando habla de sus genios, se pone a decirle cosas para pincharlo. «Y quién era Kafka? Otro que no era capaz de dar un paso sin la ayuda de una mujer. “Fritzi”, dice, “por aquí. Sigue por aquí y llegas a la oficina de correos”». A Joe no le disgusta —sus conjeturas básicas permanecen intactas—, le hace reír y de paso les pone cara y gestos a sus genios.

Ellen tendría que haber estudiado Medicina o Derecho. Creo que todos asumimos que lo haría, sobre todo Jerry, que una vez cogió su expediente académico y fotocopió todas las recomendaciones que encontró: «La mejor estudiante que he tenido jamás», «Una mente brillante», «Tiene una inteligencia privilegiada, pero, sobre todo, una curiosidad incombustible, una imaginación brutal», «Su capacidad para sintetizar información es la de un genio». Ellen le dijo a todos sus profesores que le había echado el ojo a alguna formación profesional, y por eso les pidió sus recomendaciones, pero nunca llegó a mandar el expediente a ninguna parte, jamás rellenó ninguna solicitud. Se casó con Jerry, que, por aquel entonces, tenía treinta y siete años, y tuvo a Diane enseguida, y luego a Tracy. Sus excusas la avalaban, eran casi motivos: Jerry tenía ya

una edad, no podía esperar mucho a tener hijos; ella aún no se había decidido por ninguna carrera; con la librería y tal no les quedaba dinero para la universidad. «Me da pereza», sentenció finalmente, y ésa ha sido su postura durante años. Según Jerry, «es un crimen».

A día de hoy lo que tienen es más un pique que otra cosa, pero una vez discutieron delante de mí:

—No es ningún crimen, ni siquiera un delito menor. Puedo hacer lo que quiera.

—Estás desperdiciando tu don.

—Francamente, no creo que sea para tanto. Está muy sobrevalorado. Ya se sabe que muchas flores se abren sin que nadie las vea y malgastan su aroma en el aire desierto.[2]

—Eso será en Inglaterra. En Estados Unidos no se puede hacer una cosa así.

Ellen siempre ponían fin a la discusión encogiéndose de hombros. Yo tenía otra estrategia:

—No se puede estar tan encima de los hijos, no lo soportan —le decía a Ellen—, y más siendo sólo dos. Tus niñas tienen que sentir que pasan desapercibidas para poder desarrollar su mundo interior.

Se encoge de hombros.

—Trabajo en una librería, madre. Eso te quita mucho tiempo.

Lo sé. ¿Qué puedo decir al respecto? Creo que a Joe no le importaría hacer un trueque y quedarse con las recomendaciones de Ellen. Las de él siempre dicen: «Kinsella es uno de los estudiantes más brillantes que he tenido en los últimos años», y Joe siempre comenta: «Menos mal que todos los genios están en Ingeniería. Si estuvieran en mi facultad, nadie se fijaría en mí».

A veces paladeo una leve sensación de privilegio cuando escucho las historias de Ellen alzarse en el aire y desvanecerse después como pompas de jabón; entonces recuerdo que las conversaciones de Pat eran así y siento una punzada de pérdida. Exasperada, Ellen nos dice a Jerry y a mí:

—¿Es que no basta con vivir y morir? ¿Por qué hay que dejar constancia de todo?

En los últimos ocho años se ha ido atrincherando cada vez más en su negativa a convertirse en alguien de provecho. Me pregunto por qué me afecta. Quizá sea una especie de orgullo residual, como el que sentía por Michael y Joe: el orgullo de haber creado un milagro. Me gustaría poder exhibir mi obra, un poquito aunque sea.

Durante mi matrimonio con Pat, me empeñé en erradicar de forma descarada y contumaz cualquier tipo de ambición. Nada conseguía impresionarme, ésa era yo. Una vez, Lee Salk vino a dar una conferencia y Pat le estuvo enseñando la ciudad. No me pudo importar menos. Otra vez, un inglés que había ganado el Nobel de Medicina vino a nuestra casa a cenar. Me obligué a olvidar su nombre. Cuando Pat y el señor en cuestión llegaron a casa, yo fui a recibirlos en pantuflas. Me había convertido en mis tíos, me preguntaba en silencio: «Muy bien, ¿pero sabe castrar a un cerdo, construir cercas, meter a las vacas en el granero cuando hay tormenta?». Los miraba a todos con escepticismo vikingo. Cada vez que aparecían estos grandes hombres, a mí me habría encantado tener a mis tías y mis tíos al lado debatiendo sobre la diarrea del ganado y el trigo de invierno, con barro en las botas y herramientas en los bolsillos, hablando entre ellos en ese dialecto anglo-noruego que hablaban cuando había forasteros delante. Y cuando los profesores de secundaria se maravillaban por lo buena estudiante que era Ellen, yo siempre le restaba importancia. Así que tal vez fui yo la responsable de cortocircuitar mi propio milagro. A día de hoy no lo haría. Ahora sé que es única y valiosa, pero ella no quiere darse por enterada.

Con todo y con eso, no deja de absorber información. Cuando está en la librería, se sienta junto a la caja registradora en un taburete alto y se pone a leer. Encima del reloj hay un cartel que reza: «Por favor, además de estropear los libros, léanselos». Ahora está sentada en la silla, se reclina, apura su vaso de sangría y un escalofrío recorre su cuerpo. Tras la puerta mosquitera, Jerry atraviesa la terraza, Ellen le dispara con la mirada y luego apunta hacia otro lado.

—El cortacésped está arreglado. Por fin tengo un jardín decente —digo.

—¿Vas a hacer fardos con el césped sobrante? Hoy día te dan tres dólares por fardo.

—Qué buena idea —interviene Joe—. Podemos convertir el jardín de mamá en una granja. Con cerdos y pavos correteando entre la casa y el garaje.

Michael esboza una sonrisa de cansancio que Joe atisba por el rabillo del ojo. Cuando aparece en su campo de visión, es Joe quien sonrío. Y cuando Joe se gira hacia mí, yo miro al mantel. Sí, estoy molesta con él. No tiene por qué poner a desfilar cada sentimiento que tenga. Entonces se levanta y destapa las cacerolas que hay en el fuego, luego abre el horno. Me llega un olor intenso, picante y delicioso, lleno de comino y pimienta. Joe se agacha y acerca la cabeza al horno.

—Mmm —dice—, vamos a comer ya.

—Especial «viva el colesterol» —dice Ellen—. Enchiladas de queso con crema agria. También he hecho guacamole, judías y arroz. —Se acerca a Michael, le toca el estomago—. Esto es para ti, jovenzuelo. A nosotros igual nos da una indigestión, pero tú tienes que coger cinco kilos como sea.

—Hey, Joe, ¿te acuerdas de la chica esa de la universidad que engordó casi diez kilos en un semestre? —pregunta Michael—. La cosa es que seguía siendo un fideílllo y nadie entendía dónde había metido tantos kilos, y entonces un día que yo fui a visitarte a la residencia, la chavala apareció después de cenar, se levantó el vestido y le enseñó la barriga a todo el mundo, y parecía que se había tragado una pelota de bolos.

—LeeAnn Clapper. Me habría gustado salir con ella.

Después de cenar, Jerry me acorrala en la cocina y me dice en voz baja:

—¿Ha hablado Ellen contigo?

Cojo los platos. Los pongo en el fregadero.

—¿De qué?

—Bueno, nos hemos amenazado varias veces esta tarde.

—¿En qué dirección?

—En ambas.

—¿Se van a cumplir?

—La mía, no. La suya, no sabría qué decirte.

—¿Qué amenaza?

—La grande.

—Imposible —digo.

—Eso pensaba yo también, pero es como si algo la arrastrara a ello. No deja de mencionarlo. ¿Sabes lo que dice Updike?

—¿Qué?

—Que si algo se menciona, acaba ocurriendo.

Pongo las manos en las caderas y digo:

—No es una barquita que vaya directa a las cataratas del Niágara, Jerry. Si tenéis un problema, podéis pedir ayuda y solucionarlo.

—Nunca he pedido ayuda. ¿Y tú?

—¿Y te habría gustado pedirla? Porque a mí no.

—No sé qué es exactamente. Nunca discutimos por dinero ni por las niñas. Incluso hemos dejado de discutir por sexo. Sólo discutimos por lo que sospechamos que pensamos el uno del otro. No es una cuestión de amor, no particularmente. Me acusa de enfadarme con ella sin motivo, luego yo le recrimino que no le gusta cómo paso el tiempo libre, las clases de vuelo y todo eso, y cuando nos queremos dar cuenta estamos discutiendo a grito pelado. Y yo pienso: «Sí, es verdad, me enfado mucho y me obsesiono con cosas absurdas que valen un dineral y que no me llevan a ningún lado ni suponen ningún avance profesional, y, sí, ella es muy crítica y extremadamente racional y espera que todo el mundo actúe de una forma sensata y ordenada». Y entonces me doy cuenta de que somos como una de esas parejas neuróticas que no paran de gritar y que no tienen nada en común salvo la magnitud de sus malentendidos. Y entonces subo al baño y me miro en el espejo y caigo en la cuenta de que tengo cuarenta y seis años y que nunca he sido muy guapo que digamos y que quizá lo que me esté diciendo realmente es que se siente atraída por otro hombre, algún treintañero en pleno apogeo físico.

Aparto la mirada de Jerry y veo que Ellen está allí, con los ojos encendidos.

—Mira que te gusta usar a mamá de confidente, ¿eh? Tú mismo, a mí me da igual. ¿Un cafetito? Ah, y que sepas que no tengo tiempo para otro hombre —dice Ellen.

Sonrío.

—¿Y esa sonrisita a qué viene? —me pregunta Ellen.

—¿Qué sonrisita?

—Has sonreído. Sí, no tengo ninguna duda. No ha sido de alegría, vale, pero te ha salido una sonrisita.

—Habré hecho algún mohín sin darme cuenta. No era nada.

Me mira con suspicacia pero no me presiona. Empiezo a enjuagar los platos. Jennifer, atraviesa la puerta batiente y dice:

—¿Puedo comerme otro trozo de tarta, Ellen? —Y luego, a mí—: Rachel, ¿has hecho el glaseado verde a propósito?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque a Diane le gusta ese color.

—Pero... —dice Jennifer.

Ellen le da un plato con un trozo de tarta y le dice:

—Vete fuera a jugar, anda, Jennifer.

—¿Puedo sacar el plato y el tenedor fuera?

—Sí.

—¿Dónde quieres que los ponga cuando termine?

—En el fregadero está bien.

—¿Y si quedan restillos de tarta en el plato?

—No pasa nada. *Vete fuera*, Jennifer.

—Vale.

Jennifer se va no sin antes observar detenidamente todo lo que hay en la cocina, yo incluida.

—Le hablo de una manera que no le hablo a nadie. Seguro que le pasa a todo el mundo. Es que es exasperante, se lo tienes que explicar todo con pelos y señales. Y sólo tiene siete años. ¿Cómo puede ser ya así, si es un mico? Y la cosa es que Diane la adora, le encanta cómo se planta con toda su cara en cualquier sitio y le habla de tú a tú a todo el mundo, a los maestros del colegio también —dice Ellen echando la cabeza atrás y riéndose al pensarlo. Y añade—: Bueno, madre —dice—: ¿a qué venía esa sonrisita de antes?

—Fue sin querer.

—No, querías ocultar algo que estabas pensando, que es lo que haces siempre.

—Si yo siempre digo lo que pienso.

—Eres una persona honesta. Pero no abierta. Dímelo ya, anda.

—Me acordé de una cosa, ya está.

—¿De qué?

—¿Por qué insistes? No tiene nada que ver contigo ni con Jerry.

—Razón de más para que me lo digas.

—¡Ellen!

—Tú enfádate todo lo que quieras. No pienso desistir, quiero saberlo y voy a estar dándote la tabarra todos los días hasta que me lo cuentes.

—Es algo en lo que no pensaba hacía mucho y justo me he acordado ahora. Nada del otro mundo.

—Ahora pareces Joe. Cada vez que Joe dice eso es porque en realidad es algo importante. Que sepas que no voy a dejarte en paz, madre.

Lo dice en serio. Coge la cafetera y se va por la puerta batiente. Cuando regresa a la cocina, yo casi he terminado de fregar los platos.

—¿Quieres que te diga por qué creo que hemos discutido? —dice Ellen.

—¿Por qué?

—Bueno, aparte de la eterna cuestión de si las mujeres tenemos o no deseo sexual, creo que hemos discutido porque Jerry siempre me quiere lejos de casa. A ver, admito que hoy no ha sido mi día. Pero es que esta mañana, fue pedirle que me pasara el pan y ya me soltó que por qué no me iba por ahí. A la sauna de la Asociación de Jóvenes Cristianos o a desayunar fuera. Se piensa que voy a destrozarlo algo o yo qué sé. Tengo un poco de mal humor, ya está, pero no tengo impulsos homicidas. Pero ahí está él, mirándome y diciéndole a las niñas que se callen y pasando las páginas del periódico con cuidadito de no hacer ruido y claro, ¡al final acabo teniendo impulsos homicidas! Pero yo no *quiero* salir fuera. *Odio* salir. Me gusta estar aquí, o en el salón, donde sea. ¿Por qué no es capaz de entenderlo? Es él el que quiere pilotar aviones, irse a Bloomington con la bici y cosas así.

—Me lo estás contando sin esperar que yo te responda, ¿verdad?

—No. No, no espero respuesta. Esto ya no tiene remedio. Ven a tomar café.

Coge la taza y sale por la puerta batiente.

Por supuesto, me acordé de Ed, del modo en que le hice hueco a pesar de todo. ¿Puede haber una persona más ocupada que una mujer con cinco hijos y una cocina en obras? Tal vez sí, y de

haber sido yo esa persona, también le habría hecho hueco.

En el comedor, Jerry y Michael están hablando de la India; Joe está sentado en el suelo junto a la puerta que da al salón, hojeando libros.

—¿Me estás tomando el pelo? —dice Jerry. Su insistente incredulidad parece animar a Michael.

—No, en serio —responde Michael—. Estábamos a más de cuatro mil metros y no era nada. Imagínate, estamos hablando de mil metros más que el pico más alto de la cordillera Teton, y aun así, mirabas a tu alrededor y veías formaciones tan altas que parecía que estabas, no ya a los pies de la montaña, sino a nivel del mar. No se parece a nada que hayas visto o sentido antes. Quiero decir, que el mundo es mucho más grande de lo que crees.

Jerry se apoya sobre los codos y dice:

—Guau. ¿Has hecho alguna foto?

—Bueno, aquello no cabía en una foto. Tampoco tenía una cámara buena, ni siquiera un gran angular, y aparte hacía un frío de cojones. Así que pensé, a tomar por culo, si total, esto no lo voy a olvidar nunca.

—No sabes cuánto te envidio ahora mismo.

Y yo.

Michael inclina la silla hacia atrás y mira al techo, luego le dice a Jerry:

—No sé si deberías. En fin, que sí, he estado allí y ha sido increíble, inolvidable, igual que todo el viaje. Pero ahora siento que estoy muy disperso, como si alguien me hubiera amasado con un rodillo y no pudiera regresar a mí forma original ni centrarme en nada. Sí, es eso. Acabo de verlo. Y ahora quiero ir a todas partes, Japón, Nueva Zelanda, la Antártida, por Dios bendito; pero luego, cuando vas a esos sitios, no eres más que un alfiler en mitad de la inmensidad, y cuando lo visualizas es como si fueras un globo que se infla y se estira cada vez más para poder llegar a abarcarlo todo. Es tan frustrante. No es posible estar allí del todo cuando estás allí, y cuando entiendes lo que significa estar allí, ya estás en otro sitio. Creo que los humanos estamos programados genéticamente para quedarnos en el mismo lugar toda la vida. Creo que sólo es posible llegar a entender bien un solo lugar.

—Entonces, ¿por qué la historia de la humanidad es la historia de sus desplazamientos? —interviene Ellen—. Yo diría que los humanos tenemos dos formas de organizarnos: como sociedades nómadas, en las que todo el mundo camina miles de kilómetros a lo largo de su vida, o como sociedades sedentarias, de las que todo el mundo huye y a las que finalmente regresa. Creo que los humanos estamos genéticamente programados para desplazarnos. Ir de aquí para allá hasta que se nos agoten las pilas.

—Es por culpa de los ojos —dice Joe desde su rincón—. Los ojos te hacen creer que estás en un sitio en el que, en realidad, no estás. Pensadlo bien. Un hombre va bajando las escaleras. Abajo está la puerta principal. El hombre ve la puerta y el coche fuera, y como puede verlo, en su mente ya está allí, ya ha bajado las escaleras, a pesar de que todavía está bajándolas. Supongamos que un trozo de moqueta se ha levantado. Entonces el pie del hombre, que está en el momento y en el espacio en los que está realmente, se tropieza con la moqueta y se cae por las escaleras y se rompe el cuello. Ha sido fatalmente engañado por la misma ilusión óptica de siempre, que no es otra que creer que *allí* es más importante que *aquí*, y como el tiempo y el espacio son lo mismo al fin y al cabo, el futuro es más importante que el presente.

—Me gustaría verlo a pesar de todo —dice Jerry.

Y a mí.

—¿Preferirías no haberlo visto? —le pregunto a Michael.

Se queda observándome. En realidad no me observa a mí, sino a sus propios pensamientos. Todos lo miramos expectantes.

—Preferiría que las experiencias no me moldearan. Me gustaría vivirlas pero no incorporarlas —suspira Michael.

—Lo que te gustaría es ser un ordenador —apunta Joe.

Al final Jennifer se queda a dormir a pesar de que ya se quedó anoche. Ellen llama a la madre de la niña para avisarla:

—Ah, estupendo —dice su madre.

Son las nueve pasadas. Estamos en la terraza de atrás. Joe y Michael —entre los que aún se aprecia cierta tirantez—, y Jerry y Ellen —ídem—, se están tomando una cerveza. Yo estoy con otra copa de vino y nadie ha abierto la boca en los últimos cinco minutos. El residuo lumínico de la ciudad es lo único que nos alumbra. Distingo sus figuras azuladas a mi alrededor, también oigo sus movimientos.

—Bueno, mamá, ¿me vas a decir a qué vino esa sonrisita antes en la cocina? —dice Ellen en un tono despreocupado.

Admito que me deja de piedra. Esta conversación es más apropiada para la cocina, entre ella y yo, a solas. Pero, claro, Ellen desconoce el motivo de mi sonrisita y cree que puede dejarme en ridículo, algo que, tal vez, le guste hacer. No puedo decir que no lo sé. Podría decir algo general, sobre el deseo, quizá, sobre cómo, cuando alguien quiere algo de verdad, siempre es posible hacerle un hueco. Ella sabe que el deseo es, según mi opinión, la única motivación real. O podría inventarme una historia, una compañera de trabajo con un montón de críos y un marido y un amante. Una mujer que se priva de almorzar, de las clases de aeróbic, que recoge a los niños media hora tarde de la guardería. Que siempre está tensa, en alerta, como lo estaba yo. Podría darle vida, hacer que se rían de ella, del mismo modo en que Joe y Michael se rieron antes del señor Zapatos. Cada día se arregla un poco más de lo normal, se pone un poco más de maquillaje, está tan centrada y tan atenta que no sólo le da tiempo a terminar siempre su trabajo, también tiene el escritorio perfectamente ordenado. Lo organiza todo compulsivamente, claro que sí. Una vida nueva fluye a través de ella, una vida como ninguna anterior. Ahora está casada y lo que siente es terror y deseo a partes iguales. Podría decir que ella sabe lo que yo sé ahora pero desconocía entonces, hace veinte años: que tanto el terror como el deseo habrán de consumarse, y en idéntica medida. De repente, esta mujer me resulta tan real que el mero hecho de pensar en ella, aquí, en la oscuridad, ejerce un extraño efecto sobre mí. Pienso: «¿Por qué no, por qué no lo cuento?» Ya son adultos, han vivido sus propias pasiones. Nunca le he contado a nadie lo que supuso para mí estar con Ed, lo que ocurrió. Ellen tiene razón. Aunque soy honesta, siempre he sido comedida. Bueno, no, no siempre he sido comedida. Antes era reservada, y luego, hace veinte años, me volví comedida.

Joe, cuya silueta resalta sobre los tonos plateados de la casa, levanta el botellín y apura las últimas gotas de cerveza. Se ha pasado el verano detrás de mí pidiéndome que llene sus lagunas, pero sólo ciertas lagunas. Él piensa que yo, al ser su madre, soy asexual, y me descarta del modo en que los hombres descartan a las mujeres que no imaginan como objetos de deseo. Bueno, también porque yo se lo he permitido, la verdad sea dicha. Pat volvió a casarse con una mujer

joven y guapa y tuvo unos cuantos hijos más a sus cuarenta y tantos. Mi gran pasión, en cambio, fue comprarme una casa, y actuaba como si Simon fuese el hombre de mantenimiento más que otra cosa; de hecho, nunca lo besé delante de los niños. Y Ellen. Nuestro desahogo mutuo, nuestro vínculo familiar, está forjado a base de niños, recetas de cocina, cotilleos sobre la librería y la oficina, pero nunca hablamos de esto. Sé que ella asume que nuestra separación fue culpa de Pat.

—Según mi experiencia, si quieres algo de verdad, puedes hacerle hueco. Incluso si ese algo es un hombre que no te conviene —digo en el mismo tono despreocupado que el de Ellen.

Ellen gira la cabeza y dice:

—¿Ah, sí?

Los hombres, sin embargo, ni se inmutan. Los ojos de Ellen están en la oscuridad y no consigo saber si dicen «adelante» o «no sigas». Decido seguir:

—Le hice hueco a Ed.

—¿Quién era Ed? No recuerdo a ningún Ed —dice Joe.

—Ed fue el tercer vértice del triángulo que puso fin a mi matrimonio con tu padre. Vivía en la granja antigua que había un poco más abajo, esa granja formaba parte de la finca antes de que la subdividieran.

—¿En el campo? —pregunta Joe. Como siempre que habla del campo, su tono adquiere un brillo dorado y anhelante.

—Sí. Lo conocí porque tenía un caballo muy viejo y él lo montaba a pelo. Y como yo también montaba a pelo en Nebraska, un día nos pusimos a hablar de caballos. Aunque él era escritor. Edward Stackhouse.

—Me suena —dice Ellen.

—Mmm —digo—. El caballo era muy viejo, tenía el lomo muy hundido. Se lo dieron con la granja. Cuando iba a pasear con los gemelos, a veces nos encontrábamos con él, y él siempre se paraba y subía a Michael al caballo. Joe nunca quería.

—¿Era un caballo blanco? —pregunta Joe.

—Sí, muy claro, con motas grises. A Ed le hacía gracia cualquier cosa que yo dijera. Dejaba todo lo que estuviera haciendo, y yo también, y nos poníamos a hablar. Nuestras conversaciones eran cada vez más largas. Sus ojos tenían un color extraño, como azul federal. Había viajado por todo el mundo a pesar de no haber cumplido aún los treinta. Su mujer lo había dejado, así que supongo que tendría una imagen idílica de nosotros: gemelos, una casa en reformas, césped, jardines, cena a las siete, todo muy Kennedy. Él también ofrecía una imagen atractiva. Austero, solitario, artístico. Había trabajado para varios redactores de discursos de Kennedy y ahora estaba inmerso en un libro sobre la Casa Blanca. No podía alejarme de él.

En este momento se suceden diversos ruiditos: una risa de Michael, un gruñido de Joe. Ellen emite una pequeña exhalación, penetrante pero apenas audible. A medida que hablo me voy acordando de más cosas. Nada puede detenerme ahora.

—Lo único que tenía en su casa era café. Antes de aquello yo nunca tomaba café, ni después, pero con él siempre me tomaba uno. Él me lo preparaba, muy cremoso y dulce.

—¿Y nosotros dónde estábamos? —pregunta Michael.

—Al principio siempre estabais conmigo, pero entonces llegó el verano y tu padre apuntó a los mayores en un campamento de día y a vosotros dos en la guardería, tres mañanas a la semana. Yo nunca estaba totalmente segura de si se alegraría de verme a mí sola, sin vosotros, así que,

incluso cuando empezamos a acostarnos y nos veíamos de forma regular, yo siempre me inventaba alguna excusa para ir a su casa. Esa parte fue una locura.

—¿Esa parte? —dice Ellen.

—Bueno, sí. A ver, que yo sabía que Ed me estaba esperando, pero, a pesar de todo, yo siempre llevaba algo: flores, una barra de pan..., como un regalo para dar la bienvenida al nuevo vecino, y entonces, cuando empezábamos a desnudarnos, yo siempre me mentía a mí misma, me decía que aquello no era premeditado, que ese cuerpo que aparecía bajo mis ropas era algo totalmente inesperado para mí.

—Suená a amor, mamá —dice Michael.

—No sé. No era ese tipo de emoción. Era más bien como un anhelo inconsolable, continuo. Incluso cuando nos veíamos en su casa. Yo iba hasta allí y se aplacaba en el instante en que lo veía, pero sólo durante ese instante. Después, había tantas cosas que se guardaba para él y que no me contaba que al final la sensación de anhelo se apoderaba siempre de mí, tanto si estaba con él como si no. Después de hacer el amor, él se quedaba dormido y yo me tumbaba al lado preguntándome qué estaríais haciendo vosotros, en el campamento o en la guardería.

—Qué optimista, mamá. Muy vital todo —dice Joe. Su voz, apagada.

—¿Mandó papá a alguien a que vigilara su casa? —pregunta Ellen—. ¿Os empezaron a seguir dos alemanes en un furgón negro?

—No sospechó nada hasta que yo se lo dije. Tal vez ése sea el detalle más importante de todos.

—¿Qué le dijiste?

—Que estaba viendo a Ed y que no pensaba parar. Pero sí paré. Mi relación con Ed no sobrevivió al matrimonio.

—¿Por qué se lo dijiste? —dice Michael.

—Bueno, para empezar, porque toda esta historia, mi aventura con Ed, me tenía en un sinvivir. —Todos me miran fijamente haciendo que esta explicación parezca trivial. Supongo que todas las explicaciones que he estimado a lo largo de los últimos veinte años parecen triviales en vista de las consecuencias. Comienza la autojustificación—: No sabía que..., pensaba que... —No lo soporto, mi mirada salta de uno a otro. Finalmente atino a decir—: Quería que vuestro padre supiera que yo no era suya.

Ese detallito de nada. No dejan de mirarme de esa manera.

Un momento después, Jerry dice:

—Y el tipo este, Ed, ¿qué pasó con él?

—Una semana después de que Pat se llevara a los niños a Inglaterra, me dijo que no quería volver a verme ni hablar más conmigo. Él era muy de cortar por lo sano. alguna vez me lo encontré por la calle, pero mantuvo su palabra. Nunca más volvió a hablarme.

—¿Por qué?

—Le escribí y se lo pregunté un par de veces. No respondió. En aquel momento pensé que estaba siendo cruel, o que me odiaba. No era capaz de darle otra explicación. Cuando pasó más tiempo, me di cuenta de que más bien debió de asustarse por mi decisión.

—¿Cuánto tiempo tardaste en recuperarte? —me pregunta Michael.

—Dejé de querer a Ed un año después más o menos. Me refiero a dejar de quererlo de verdad, de verdad. Hasta el punto de encontrármelo en el Kroger y no reconocerlo siquiera. Pero no creo

que llegara a recuperarme nunca. Después de aquello, cada vez que alguien me gustaba, los sentimientos de deseo y de derrota entraban en conflicto y al final el miedo me podía. Incluso con Simon. La cosa podría haber ido a más, pero fui incapaz. Básicamente porque pasado un determinado punto, me entraban ganas de quitarme la vida y ya no había manera de dejarme llevar.

—¿Te quisiste quitar la vida? —Michael parece reivindicar cierta prioridad en este punto, como si le atañese más a él que a los demás. Intercambiamos una mirada y no estoy segura de lo que distingo en ella, pero sorpresa, desde luego, no es.

—En realidad no era por tristeza —digo—. Era por la sensación de haberme dejado arrastrar, de haberme dejado convencer, de confiar, de abrirme. A Ed le encantaba hablar, y que yo hablara. Eso es lo que hacíamos casi siempre. Y de pronto todo eso desapareció. Sin explicación ninguna. Era el desconocimiento lo que me llevó a desear quitarme la vida, no la pérdida en sí. Fue horrible cómo el sentimiento de abrirme por completo se entrelazó con la sensación de un peligro desconocido. Si os dais cuenta, lo que pasó es que me dejé llevar y me castigaron por ello. Tanto Ed como vuestro padre. Y yo pensaba que no me merecía otra cosa. Pensaba que nunca más os volvería a ver. Así que, no, nunca llegué a recuperarme. Nunca más he vuelto a dejarme llevar porque no quiero volver a desear quitarme la vida. —Miro a Michael, pero tiene la mirada perdida. Un momento después, añado—: No creo que quisiera más a Ed. Pero las personas que más quieres no son necesariamente las que te dejan más huella.

—Entonces —dice Ellen—, ¿a quién querías más?

—Bueno, supongo que a tu padre.

Ellen me mira de nuevo y dice:

—Venga ya, madre, ¿cómo puedes decir eso?

—Bueno, no es porque él fuera el primero ni nada de eso, ni siquiera porque estuviera más tiempo con él. Tu padre era una persona fascinante. Además, no me estás pidiendo que compare el sentimiento que tengo ahora por él con los sentimientos que tenía hacia otros hombres en aquel entonces. Me estás pidiendo que compare un delirio con otro.

Todos nos reímos de una forma incómoda. Tiene lugar otro largo silencio. No sé cómo la historia les habrá afectado a ellos, pero el hecho de haberla contando me ha dejado vacía, con miedo. El modo en que la he reprimido todos estos años es lo que me ha dado fuerza, y ahora tengo la sensación de que he puesto eso en peligro.

—Yo también tengo una historia. ¿Queréis oírla? —dice Ellen.

Jerry, que está en el *chaise longue*, se incorpora y nos mira.

—¿Sale algún amante en tu historia? —pregunta.

—No —responde Ellen—. Sale papá, y tú ya te la sabes, así que ¿por qué no vas a por más cervezas?

Jerry se levanta. Ellen me está mirando, y cuando Jerry enciende la luz de la cocina, veo su rostro. Su mirada no es confiada ni meditabunda, lo que hay en sus ojos es una temperada sed de venganza. Ahora me toca a mí pensar «no sigas» al darme cuenta de que antes, cuando me preguntó «¿cómo puedes decir eso?», lo que estaba preguntándome en realidad era cómo me atrevía a decir que quería más a Pat después de todos estos años, después del abandono, después de todas las batallas y de todo el odio. Lo que quería preguntarme era cómo podía traicionar su lealtad a estas alturas de película. Mi castigo es lo que está a punto de contarnos. Me encojo de miedo pero al mismo tiempo estoy ansiosa por oírlo.

—¿Cuál es tu historia? —pregunta Michael.

Ellen se gira hacia él.

—¿Te acuerdas de Jenny? La chica holandesa, tenía veinticinco años o así, papá se la trajo a los Estados Unidos. Vivió con nosotros unos tres meses y luego se fue.

—¿Rubia? —dice Michael.

—Sí. Muy bajita. Yo tenía once años y ella no era mucho más alta que yo.

Michael se encoge de hombros.

—¿La madrastra malvada? —pregunta Joe.

—No, qué va —dice Ellen—. Ésta era buena. Una cría en realidad. Estaba todo el día haciendo galletas y comiéndoselas. No hablaba inglés demasiado bien, pero se ponía a hacer sus galletas y luego nos sentábamos Daniel y yo con ella, en la cocina, venga a comer galletas. Ella nos miraba y sonreía. Creo que le dábamos pena porque sabía que ella podía dejar a papá, pero nosotros no.

—¿Y? —dice Joe.

Ellen se reclina en la silla y mira a la nada.

—Un día, cuando estábamos en Inglaterra, me levanté muy temprano y bajé a la cocina, y me encontré a papá allí sentado, iba muy arreglado, con traje, y se estaba tomando una taza de café. Todavía estaba oscuro, debía de ser invierno. Le pregunté por qué se había arreglado tanto y me dijo que tenía que irse corriendo a Ámsterdam a por Jenny, que si me acordaba de Jenny, que la iba a traer de vuelta a casa para que cuidara de nosotros, que si me gustaba la idea. En fin, yo no sabía si me gustaba la idea o no, pero lo que sí sabía es que para ir a Holanda había que cruzar el mar y que ir y volver suponía más de un día de viaje, así que le pregunté si nosotros íbamos también, y me dijo que no, que la señora Frith, la asistenta, nos iba a cuidar ese día. Y yo le dije: «Ya, ¿y quién nos va a cuidar por la noche?», y él dijo: «Sólo será una noche, y esto es Inglaterra, tú tienes once años casi, y Daniel está hecho un chicarrón; mira, tú cierra las puertas con llave y corres las cortinas y ya verás como no pasa nada». Al poco se terminó su café y se levantó y me dio un beso y se fue. Me pregunto en qué estaría pensando papá. ¿Qué habría pasado si no llego a levantarme tan temprano ese día? ¿Qué habría pasado si no lo llego a ver?

—No estaba pensando en nada —dice Joe—. Su polla le dijo que quería ir a Holanda y él cogió y se fue a Holanda. Eso es lo que hacía nuestro padre.

—En fin —prosigue Ellen—, al momento se levantó Annie, la vestí, y luego se levantó Daniel y después vosotros, y yo supuse que la señora Frith nos llevaría al colegio. Teníamos el uniforme del colegio puesto, habíamos desayunado, estábamos listos para salir, así que nos sentamos junto a la puerta a esperar y estuvimos allí un buen rato. Pero la señora Frith no apareció hasta el mediodía, y cuando llegó todo el mundo se había puesto a hacer otras cosas y yo no le conté nada. Era una mujer muy alegre, la señora Frith, pero no sé si es porque le gustaba empinar el codo o porque pensaba que éramos raros por ser estadounidenses, el caso es que no nos preguntó nada. Al rato yo le dije: «¿Le ha dicho mi padre que se ha ido de viaje?», y ella dijo: «No, ¿por qué, cariño?», y yo ya no dije nada más. Se iría a eso de las cinco.

»Bueno, por lo menos nos hizo algo de comer (era una de las cosas que hacía cuando venía). Yo serví la cena a la seis en punto porque a papá le gustaba mucho la puntualidad y tenía la sensación de que si lo hacía todo bien, él volvería a casa antes, con tiempo suficiente para llevarnos al colegio al día siguiente. Lo raro fue que nadie más preguntó dónde estaba papá, los

más pequeños seguro que no. Pero Michael y Joe empezaron a pelearse como locos, dando gritos y empujones y llorando, estuvieron así desde que terminaron de cenar hasta las nueve y media, que es cuando decidí que había que acostarse. Me limité a hacer lo que me dijo papá: corrí las cortinas y cerré las puertas con llave y me negué a tener miedo. Daniel se leyó la colección entera de tebeos que se había traído de Estados Unidos, era como la décima vez que los leía, y Annie no dejaba de mirarme, pero no dijo gran cosa y tampoco se ofreció a hacer nada.

»Al día siguiente dejé dormir a todo el mundo hasta tarde, pero yo estuve en pie desde que amaneció, esperándolo. Cuando la señora Frith llegó, estábamos aún en pijama, pero ella no nos dijo nada. Luego preguntó dónde estaba papá y yo le dije que se había ido al hospital muy temprano, que me encargó que le dijera que no teníamos que ir al colegio. A mí me daba muchísima vergüenza que papá no hubiera vuelto aún. Al final la señora Frith nos pidió que nos vistiéramos. El viernes noté que empezaba a olerse algo, pero yo me inventé un peliculón: le dije que papá, en cuanto terminara de trabajar, vendría a recogerlos porque nos iba a llevar a Irlanda, que íbamos a estar allí una semana, e incluso le dije que podía llamarlo al hospital y preguntarle a él directamente, pero yo sabía que no lo iba a hacer porque no se llevaba nada bien con el teléfono y no le gustaba llamar a nadie, y menos a papá, que no soportaba que lo interrumpieran cuando estaba trabajando.

»Pues bien, recuerdo que el viernes llegué al convencimiento de que papá no iba a volver, y que iba a tener que ingeniármelas para cuidar de todo el mundo y hacer frente a todos los gastos, entre ellos, el sueldo de la señora Frith. Me pasé el día pensando en que el lunes era su día de pago, y que cuando llegara el lunes, yo no iba a tener nada con que pagarle, y menos aún para el alquiler o la comida; tenía tanto miedo que estuve todo el viernes con una extraña rigidez en el cuerpo. Michael y Joe se volvieron a portar fatal, peleándose, corriendo de aquí para allá, creo que se llegaron a hacer daño de verdad, y a Daniel le dio por decir que nos teníamos que ir todos al parque. Annie estaba muy obediente, cosa que agradecí, aunque me daba miedo que se pusiera a llorar.

»Al final, el sábado, dejé que Daniel me convenciera para ir al parque, y todos nos vestimos con mucho esmero para que nadie se diera cuenta de que íbamos sin padres, y empezamos a andar en fila india en dirección al parque. Annie iba cogida de mi mano, y Michael y Joe, de la mano de Daniel, uno a cada lado. El parque estaba lejísimos, en la calle había mucha gente de compras y, en un momento dado, Daniel y Michael echaron a correr diciendo que Joe se había soltado y que había desaparecido, y era verdad, Joe no estaba; durante tres minutos lo perdí de vista, y miré a Annie y vi que estaba horrorizada por todo lo que estaba pasando. Entonces por fin vimos a Joe, estaba mirando un escaparate y fuimos corriendo a por él. Después de eso, Daniel dijo que era mejor no ir al parque, que estaba demasiado lejos, y que no podía con Michael y Joe a la vez, así que nos dimos media vuelta y nos fuimos a casa a comer galletas.

»El domingo decidí que era hora de vaciar la basura, así que cogí el cubo y me fui escaleras abajo y entonces me encontré con una vecina del bloque; había coincidido con ella en el ascensor un par de veces o así; se acercó a mí y me dijo: “Niños, hay que ver el ruido que hacéis”. Yo me disculpé y ella siguió diciendo: “Tu padre os podría sacar al parque de vez en cuando y darnos un respiro a los demás vecinos. Tu padre es ese señor tan alto, ¿verdad?”. Y entonces hizo una pausa y se quedó mirándome y siguió diciendo: “Hace días que no lo veo”. Y yo le dije con toda la naturalidad del mundo: “Bueno, es que se ha ido a Holanda y no creo que vaya a volver”. Y me fui.

Ellen hace una pausa. Hay cosas que yo podría decir, pero no sé cuáles son. ¿Dónde estaba yo en ese momento? Despertándome en mi apartamento estéril, tropezándome con la ropa tirada en el suelo, saliendo a la calle, escribiéndole a diario cartas a Pat, rogándole que trajese a los niños a casa. El invierno estaba a punto de acabar y todavía no había recibido ninguna respuesta de él.

—El lunes por la mañana la vecina apareció por la puerta con una señora trajeada que empezó a dar vueltas por el apartamento y a mirar los muebles de la cocina y la nevera y a hacerme preguntas. En fin, yo no era tonta. En aquella época ya había leído *Oliver Twist* y ella me recordó al señor Bumble, el bedel, en cuanto la vi. Sabía que meterían a los niños en un edificio, y a Annie y a mí, en otro, y que nos quitarían nuestras muñecas y nuestros libros y acabaríamos en manos de bandas de ladrones callejeros. —Ellen se ríe de repente, pero es la única que se ríe—. Así que me pasé el día limpiando y le dije a Daniel que limpiara también. Es más, encerramos a Michael y a Joe en su habitación durante cinco horas para poder dejar el apartamento en condiciones; la idea era convencer a las autoridades de que éramos capaces de cuidar de nosotros mismos. Saqué toda la comida que había en las alacenas y lo reorganicé de modo que pareciera que había más de la que en realidad había.

»Al día siguiente, sobre el mediodía, vi un coche aparcando fuera, en un lateral llevaba escrito “Hogar de los Niños Cristianos de South Kensington”; así que llamé a Daniel y entre los dos pusimos una silla delante de la puerta principal y nos fuimos corriendo a uno de los dormitorios y nos escondimos. Les dijimos a Annie, a Michael y a Joe que venía gente a raptarnos, lo cual era literalmente cierto, ¿verdad que sí?, y les pedimos que se quedaran callados y, nada, nos quedamos todos allí sentados. Entonces alguien llamó a la puerta, luego silencio, luego otro golpe en la puerta, y entonces, ¡una llave! Tenían llave, no me lo podía creer. La verdad es que en ese momento pensé que todo estaba perdido. Me arrastré hasta la puerta del dormitorio y abrí una rendija, Michael y Joe se metieron debajo de la cama y, entonces, vi cómo la puerta principal daba golpes contra la silla hasta que la silla se cayó de un portazo y apareció papá con la señora Beadle, la vecina, detrás. Papá estaba que echaba chispas, despotricando sobre la interferencia del Estado en la vida familiar y sobre la medicina social frente al espíritu empresarial, una de esas asociaciones de ideas que tanto le gustaban. No sé qué sobre la atrofia de las iniciativas privadas y del aciago devenir de la investigación médica inglesa. Entró como entraba siempre, abriendo todas las ventanas para airear la casa, llamándonos a voces y quitándose la corbata al mismo tiempo. Y claro, ¿qué iban a hacer ellos? ¿Qué quería yo que hiciera él? Estaba loca de contenta de verlo.

—Estoy seguro —dice Joe— que él cree que sólo estuvo fuera una o dos noches. Seguro que es lo que pensó entonces. Igual que cuando nos pegaba, ¿os acordáis? Siempre decía que habíamos sido nosotros, que nos habíamos chocado con su puño.

—Mmm —dice Michael.

Yo me quedo callada. ¿Cómo es posible que Ellen se acuerde de tantos detalles? En cualquier caso, eso es lo de menos, ¿verdad? No pregunto si esa niña de diez años pensó en su madre en algún momento, si tuvo alguna vez la tentación de llamarla por teléfono al otro lado del charco. La lógica de su historia es perfecta: la aceptación práctica de haber perdido primero a un progenitor, después al otro, de haberle sido encomendada una serie de tareas imposibles. Lógica de cuento de hadas, el tipo de lógica que una niña de diez años entiende a la perfección. No digo: «¡Pero qué dices, no puede ser verdad!», aunque jamás habría creído posible que Pat los dejase solos seis días en Londres. Me lo creo. Me lo creo porque Joe y Michael siempre son muy objetivos. Me lo

creo, de hecho, por lo precisa que es la historia de Ellen. Me lo creo porque esta historia viene a suplir la pieza que faltaba en el puzle de su vida adulta, la pieza en la que aparecen los ojos, esos ojos que vigilan con atención a Diane y a Tracy y a Jerry y a mí. Vigilar es su trabajo a jornada completa. Me lo creo porque, aunque estoy en *shock*, no me sorprende. Pat siempre ha sido un hombre libre de ataduras: imprevisible, pasional, decidido. Sus hijos podrían haber estado tanto dentro de su círculo de interés como fuera. Y tampoco estoy sorprendida porque el peor de mis miedos se haya hecho realidad. El niño de tres años metiéndose en el ascensor equivocado, en el tren equivocado, soltándose la mano en el momento en que las puertas se cierran. Viendo el tren repleto de gente partir hacia Saint Louis, Chicago, San Francisco. La niña de seis años, de diez incluso, perdida entra la multitud, y la multitud se aparta pero ella ya no está. Es un miedo mayor que el miedo a que mueran. Un águila que desciende de los cielos y me arranca al niño de mis brazos. Las aguas se elevan y me arrebatan a mi hija. La niña sigue viva, a la deriva, mecida por las olas de sus propios recursos, de su propia inventiva. He recibido mi castigo. Los demás siguen hablando, el comportamiento de su padre no les sorprende. Pero yo me he quedado sin habla. Ellen me lanza un par de miradas, luego dice:

—Voy a echar un vistazo a las niñas a ver si se han dormido ya.

Sabe que he pagado con creces mi franqueza, pero su expresión es despiadada. Sospecho que no vamos a tener muchos desahogos en un tiempo. Un rato después, volvemos a casa.

Joe conduce, Michael está en el asiento del copiloto, yo detrás, resguardándome de la luz de las farolas que vamos dejando atrás. Hablan de Pat, yo escucho.

—¿Tú crees que Jenny era la de los pechos? ¿Te acuerdas de eso, cuando estábamos todos desayunando y papá empezó a darle besos y luego le quitó la blusa y le besó los pechos también, y todos allí delante? —pregunta Joe.

—Sí, y tú te echaste las gachas de avena encima, ¿no? —Se ríen. Michael sigue diciendo—: Eso fue después, creo. Tendríamos siete años por lo menos. Lo que no recuerdo es si cuando ocurrió aquello tú vivías con nosotros o sólo estabas de visita.

—Bueno, gracias a Dios, todo se difumina en una especie de nubarrón piadoso.

Conducen en silencio.

—Aunque la peor parte se la llevó Daniel, sin duda —dice Michael con seriedad.

—¿Te acuerdas de aquella vez que fui al Gran Cañón con vosotros? ¿Cuánto tiempo estuvimos, un mes? Y cada vez que algo salía mal, le echaba la culpa a Daniel. Incluso si se peleaba con Tatty, a la mañana siguiente decía que Daniel había estado hablando en sueños y la había despertado, que el verdadero problema era que Tatty no soportaba estar con Daniel y que por eso la había tomado con papá, y que no entendía por qué Daniel tenía que ser tan desagradable, por qué era tan difícil llevarse bien con él, y que, a lo mejor, lo que intentaba Daniel era romper también el segundo matrimonio de papá. Lo recuerdo perfectamente.

—Recuerdo que pensé: «Así que por eso nos dejó mamá. Fue todo culpa de Daniel».

—Yo también lo pensé.

—Y Daniel también, fijo.

Suspiran. Pero hay objetividad en su discurso, como si no fuese la primera vez que aran este terreno. Y otra cosa es cierta: su complicidad como gemelos ha hecho que se olviden de mí.

Lo que dicen crea un nuevo objeto en mi mente, vasto y complejo, pero tremendamente nítido: la historia de mis hijos durante mi ausencia, a merced de su padre. ¿Acaso no sabía yo que él era

así, descontrolado, incapaz de ver las consecuencias potenciales de sus propios actos? Antes de casarnos me hacía el amor en cualquier sitio: en la cocina, contra la nevera —su compañero de habitación podría haber entrado en cualquier momento—, a menudo en su coche —igual estábamos de viaje y paraba en el arcén— ... En el primer sitio que pillaba. Más de una vez en el suelo de su laboratorio, con el cerrojo sin echar. Era todo pasión. Y yo no me quejaba. Suponía que no se podía resistir a mis encantos. Después de dar a luz, yo no dejaba de decirle, siempre entre risas: «Venga, hombre, la gente no hace el amor con los niños delante». Suponía que seguía siendo irresistible para él. Siempre, cuando se enfadaba, su lenguaje se volvía descontrolado, elocuente, una barroca diatriba contra el objeto de su ira (incluso si era un niño o su secretaria), y todo lo que ello representaba resultaba estremecedor, asombroso, terrorífico, delicioso. Sus puños se tensaban, aunque no llegó a pegarme hasta el final.

Podría decir: «Bueno, lo hizo él, no yo». Cuando los niños estaban conmigo, pensaba que tenían vidas ordenadas y sencillas. A diferencia de cuando vivíamos todos en familia, apenas me enfadaba con ellos. Casi todo lo que hacían me parecía bien. Lejos de Pat, sin esa supervisión insoportable, sin esos constantes requerimientos de atención y respuesta, mi furia se esfumaba. Dejé de ser la intermediaria entre el capataz y los peones, la responsable de todo. La mujer que acababa el día hecha jirones y que era remendada durante la noche con el único propósito de poder ser despedazada de nuevo a la mañana siguiente.

Nunca llegué a poner en tela de juicio cómo los trataba, como mucho se me pasaba por la cabeza el recuerdo de cómo había sido antes con ellos. Ésa era la forma realista de proceder, ¿verdad?

Pero cuando me esfumé del binomio padre-hijos, inconscientemente —pero no tanto— los abandoné a su suerte, ¿verdad? Daba igual quién fuese el ejecutor, el daño se lo llevaron ellos, ¿no es cierto? Y hablando de daños, inevitablemente, me acuerdo de Ed. Tardé un año en desenamorarme de él; luego pasó otro año, y otro más, y al final Ed se mudó a otro sitio. Pero durante aquellos tres años me lo seguía encontrando de vez en cuando, y cada vez que lo veía, yo volvía a desaparecer. Incluso cuando ya sabía que no lo hizo con mala intención, que su crueldad estaba hecha de miedo y vergüenza, no de desaprobación y antagonismo, su presencia seguía anulándome. Me hizo daño, él me hizo daño. Pero no fue nada en realidad, sólo una ínfima parte del daño que yo le hice a Pat, del daño que le hicimos a nuestros hijos.

—Vaya suspiro, ¿no? —dice Joe desde el asiento delantero.

—El más profundo —digo.

—Aquí estamos —dice al entrar en el camino de acceso—. Hemos sobrevivido, mamá.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Qué?

—¿A qué hemos sobrevivido?

Michael abre la puerta y la luz del techo se enciende revelando que Joe se ha girado y me está mirando.

—A todo hasta la fecha —me dice. Su sonrisa es encantadora y triste.

—Bueno, no sé yo, eh —dice Michael.

Cierra la puerta y se apaga la luz. Veo el perfil de Joe, su mirada fija en su gemelo. Lo único que veo de Michael es la parte posterior de su cabeza enmarcada en la luna delantera, su mano derecha acaricia el volante un segundo, después la retira.

—¿Qué? —dice Joe, una única sílaba, tierna.

Michael se aclara la garganta y dice:

—Sabes que me prometí. —Joe asiente—. Y que luego ella me dejó. —Joe asiente de nuevo.

—No sabía nada de eso —exclamo. Michael me mira.

—Pensaba que Joe te lo habría contado, mamá. Mi intención era escribirte y hablarte de Margaret, es escocesa, muy... —Mira alrededor del coche como buscando la palabra adecuada, creo, luego me mira durante un segundo antes de continuar—: Es muy entusiasta. No, más bien es intrépida. Y es muy buena persona, de las que ya no quedan. Pero bueno, hay otra cosa más. Creo que no os he mencionado a, mmm, a Lucie, ni siquiera a ti, Joe. Lucie es la mujer del director del colegio. Francesa, de unos treinta y cinco años. Tienen cuatro hijos. —Se da la vuelta y me mira—: Nada de lo que viene ahora te va a gustar, mamá.

—No tiene pinta, no.

—En cuanto Margaret y yo anunciamos nuestro compromiso, Lucie empezó a tontear conmigo. —Tose—. Era una mujer seductora y experimentada y tal, pero en el fondo también era bastante frágil, y yo lo sabía. Odiaba la India, y yo lo sabía. Por lo que fuera, Margaret no le caía bien. Y sí, es cierto que Lucie intentó ponerme a prueba, o hacerle la puñeta a Margaret, o divertirse sin más, pero por encima de todo eso había una realidad innegable, y es que yo la deseaba. Mi relación con Margaret iba sobre ruedas, éramos felices, lo pasábamos bien, no dejábamos de hacer bromas, de hablar, salíamos por ahí a cenar, nos reíamos en la cama...; ella era justo lo que llevaba tantos años buscando. Pero a pesar de todo, yo estaba loco por ver a Lucie. Lo que quería era penetrarla, entrar en ella de formas inconcebibles. Penetrar sus órganos y células y átomos. Y eso es también lo que ella quería después de ver que era posible. Lo que nos estábamos haciendo nos producía una pena desgarradora. Llorábamos sin parar. Margaret lloró también cuando se enteró, pero yo siempre pensé que sería capaz de cuidar de sí misma. Era imposible que Margaret (a quien yo amaba) pudiera herirme, y era imposible que Lucie (a quien no amaba) no me hiriese. Le pedí a Margaret que me diera un mes. Pensé que mi mente sería capaz de hacer clic por sí sola. Y cuando hiciera clic, Margaret se quedaría encendida y Lucie se apagaría por fin. Pensaba que a fuerza de repetírmelo lo conseguiría. Conseguiría arreglar las cosas y seguiríamos adelante con nuestro plan de irnos y viajar y estar los dos juntos. Pero resulta que Lucie se quedó embarazada. Llevaba mucho tiempo sin acostarse con su marido, así que se avecinaba un escándalo importante. Margaret me dejó.

—Vaya —dice Joe.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —pregunto.

—No mucho.

—¿Y el bebé?

—Lucie abortó. Margaret la acompañó, era la única persona que sabía que estaba embarazada aparte de mí.

—¿Cuándo fue eso? —pregunta Joe.

—Hace cosa de diez días.

—Vaya historia, amigo —dice Joe.

Mientras Michael hablaba, he percibido algo más aparte de su agotamiento y de su desorientación; algo que, obviamente, debe de ser dolor. Pero más allá del dolor, como las montañas que hay detrás de las montañas, en el horizonte, reconozco un poso de oscuridad, la

expectación que se origina a partir de hechos tan desesperados. Reconozco una posesión que es mía y que jamás quise que mis hijos reclamasen.

En la cocina, Joe prepara otra cafetera. Michael saca uno de esos puritos atados con hilo rojo y empieza a fumárselo, de pie, junto a la puerta mosquitera, y deja que el humo se disperse en la noche. Recostado sobre la jamba, con la rodilla flexionada y el pie sobre la pared, parece un hombre apoyado en una farola, y la luz que hay encima del fregadero, la única encendida, lo envuelve con ese tipo de soledad. Joe está sacando tazas del mueble. Dos. Su mano se detiene un instante antes de coger la tercera.

—Llevo en pie desde las cinco. Creo que debería acostarme ya —digo.

Por hoy, me doy por satisfecha. Es hora de retirarme. Son las tantas y existe un inconfundible bálsamo fraternal que sólo Joe, como hermano gemelo, puede ofrecer. ¿Para qué, si no, están los gemelos idénticos? Mi propio estado de ánimo se queda en suspenso, flotando en el aire.

Me doy la vuelta y me dispongo a ir a mi cuarto, pero antes, lo admito, me detengo en el pasillo oscuro, donde no pueden verme, y los observo. Joe pone las tazas junto a la cafetera y empieza a servir el café. Michael pellizca el extremo del puro, luego lo tira fuera, por la puerta. Se comporta de una forma totalmente distinta a la de su gemelo. No puedo creer que no me haya dado cuenta hasta ahora. Antes compartía el nerviosismo de Joe, pero ahora se muestra firme, prudente. Con aplomo, a pesar de su agotamiento extremo. Gira la cabeza y observa a su hermano.

Abre la boca, está a punto de hablar, pero justo en ese momento Joe levanta la mirada y sonrío, y Michael se queda callado. Quiere decirle algo a Joe, pero no es capaz de hacerlo mirándolo a los ojos. Se humedece los labios. Joe va a la nevera a coger la leche. Cuando desaparece tras la puerta, Michael dice:

—Antes de volver de la India firmé un contrato para dar clases en Corea. De matemáticas. Otro contrato de dos años.

Retrocedo, me alejo un milímetro de ellos. El tono de Michael es íntimo, como el de un amante con plena conciencia de que está ocasionando más daño del que siente. Joe cierra la nevera sin sacar la leche. Se incorpora y mira a Michael. Michael sigue diciendo:

—La cuestión es que el año escolar empieza a principios de septiembre. El 10.

De pronto caigo en la cuenta de que mi madre debió de percibir ese aplomo en mí también, justo antes de morir, cuando por fin averigüé dónde estaban los niños pero no sabía si los iba a volver a ver. Me pregunto si, al igual que yo ahora, se quedó abatida al descubrirlo, aunque no sin cierto regusto a alivio al saber que su hija había alcanzado el fin de su inocencia.

—¿El 10 según nuestro huso horario? —dice Joe.

—No, el 9 según nuestro huso horario.

—Sólo dime cuándo lo firmaste.

—A finales de mayo.

—¿Según nuestro horario?

—Según nuestro horario.

—Me has escrito cinco cartas y en ninguna has mencionado nada de eso.

—Ya, bueno.

—Y, mientras tanto, yo diciéndote en mis cartas que estaba buscando piso para Margaret y para ti.

—Ya.

—Antes de que te enviara la oferta de cursos.

—Te dije que tampoco me interesaba tanto la universidad. Eso va mucho más contigo.

—Bueno, supongo que ya no sé cuáles son tus intereses, ¿no?

Michael respira profundamente y echa la cabeza hacia atrás apoyándola sobre la pared.

—¿Quieres ir? —pregunta Joe finalmente.

—Sí.

Joe alza la voz un poco.

—¿Quieres enamorarte de una coreana y tener niños y quedarte a vivir allí para siempre? Porque eso es lo que vas a hacer, lo sabes, ¿no?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Sí, lo sé. Sí, eso es lo que quiero. Justamente eso. —Se miran. Michael dice—: Oye, me voy fuera un rato, ¿vale? Necesito un poco de aire.

—¿Quién te detiene?

Michael se va dando un portazo. Joe saca una silla, se sienta a la mesa y se queda mirando fijamente a la puerta. Tal vez sea por la conversación de antes sobre Ed, o por haber estado pensando en Pat, por toda la gente que se va, por toda la gente que se ha ido, pero sé exactamente cómo se siente Joe. Es como si el tiempo no hubiese pasado, como si la conmoción y el dolor pudiesen salir y entrar a su antojo de la memoria, escarificar los nervios una y otra vez. Parece que, en esta familia, la única presencia que necesitas y anhelas es precisamente la que no puedes tener.

Me voy, subo las escaleras haciendo el menor ruido posible. Si Joe se pone a llorar, no quiero saberlo.

A Pat le encantaba el momento de cenar. Aunque no creía en Dios, siempre bendecía la mesa según el rito católico: «Que las almas de todos los fieles difuntos por la misericordia de Dios descansen en paz». Luego respiraba profundamente, sonreía e inspeccionaba la mesa: cinco cabezas a diferentes niveles; yo, secándome las manos con un paño de cocina mientras me sentaba; los perros, negros y relucientes y en alerta, sin quitarle ojo a la cuchara con la que Pat iba sirviendo la comida. Y si había algún familiar de visita, mejor que mejor. Y si temporalmente contábamos con alguna empleada del hogar, se sentaba también a la mesa con nosotros. Cuando yo estaba embarazada, le decía al futuro bebé: «Esta noche toca judías verdes. Algún día te gustarán las judías verdes. ¡Y aquí tienes mazorcas de maíz!». Era un hombre tan joven, tan guapo, tan listo. Ese entusiasmo por la vida familiar no era otra cosa que la pasión —ahora me doy cuenta— de un auténtico ególatra, cuya mujer, cuyos hijos y cuyos perros constituían las extremidades de su propio cuerpo. «¿Rachel?», me decía, «Rachel, ¿me estás escuchando? Ellen, repíteselo». Sus ojos escrutaban los míos hasta que yo era incapaz de mantener su mirada. Viéndolo ahora, es difícil discernir qué sabía entonces de lo que aprendí después. Pero una cosa es segura: yo estaba desprovista de intenciones, sólo tenía apetitos.

Él quería una respuesta, pero yo era incapaz de hablar sabiendo la atención con que me escucharía, la facilidad con que descifraría mis pensamientos a partir de mis palabras. Después de un tiempo, ni siquiera era capaz de oír por más empeño que pusiera en escuchar. Yo era una mecha de combustión lenta, pero una mecha al fin y al cabo, e inevitablemente acabaría por dinamitar

aquella congregación familiar en torno a la mesa. Saltamos por los aires, todo patas arriba. Nadie puede recuperarse de aquello; ni ellos, ni yo; no hay manera. Lo único que nos queda, supongo, es la posibilidad de incorporar cosas nuevas. De encontrar, con suerte, cierto equilibrio. No sé que pensarán los demás de mi vida, pero para mí es como una torre de bloques, de esas que hacen los niños, construida con ignorancia y sin ningún plan en mente.

Me pregunto si mi padre y mis tíos reconocían sus deseos, o si sólo eran capaces de reconocer sus obligaciones: cuando el deseo se manifestó tomando la forma de mi tía, lo retuvieron a la fuerza y se aseguraron de que nunca más fuese expresado. Sus vidas siempre me dieron miedo, vacías de palabras, monolíticas, como si no fuesen hombres sino meros atributos de aquel paisaje llano que los rodeaba. Y así fue cómo me dejé guiar por la luz de mis deseos, al igual que Pat, y eso mismo es lo que nuestros hijos han aprendido de nosotros. Sin embargo, no siempre hemos sabido qué es lo que queríamos; con frecuencia, de hecho, no lo hemos sabido; tal vez nunca lo hayamos llegado a saber. Lo que sí sabíamos es que queríamos algo.

Me acuerdo de la sonrisa de Joe cuando me dijo que habíamos sobrevivido a todo hasta la fecha. No es mi intención hacer un mundo de esto. Como diría Joe, hay niños muriéndose de hambre y todo eso. Joe sobrevivirá. Michael sobrevivirá a este desastre y a todo cuanto le empuja a marcharse lejos y le procura alivio interior. Ellen seguirá casada o se divorciará, acabará haciendo lo que sea que se le meta entre ceja y ceja. En cualquier caso, sobrevivirá.

No obstante, cuando me siento en la cama y me quito las medias y masajeo mis pies de cincuenta y dos años, caigo en la cuenta de que yo también he hecho justo lo que menos quería hacer. Les he dado a mis hijos los dos regalos más crueles: la experiencia de una felicidad familiar perfecta y la absoluta certeza de que tarde o temprano se acaba.

NOTAS

[1] Kit educativo de anatomía (The Visible Woman) formado por los órganos y huesos del cuerpo humano femenino. Se comercializó en EE. UU. entre las décadas de 1960 y 1980. [N. del T.]

[2] Thomas Gray, «Elegía escrita en un cementerio de aldea», traducción de M. A. García Peinado y M. Vella Ramírez. [N. del T.]